
HARLEQUIN
Jazmin
DE AMIGA A ESPOSA
CLAIRE BAXTER



DE AMIGA A ESPOSA

Claire Baxter



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

De amiga a esposa, n.º 2138 - marzo 2018
Título original: Best Friend...Future Wife
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.:978-84-9170-805-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Por favor, que no sea Tom –Della Davis metió una mano en el bolso mientras con la otra, hábilmente, giraba el volante para dar la vuelta a la esquina.

Lo que le faltaba era otra llamada de Tom Dermont, el cliente infernal. Llevaba todo el día lidiando con él y estaba hasta el gorro.

Cuando encontró un sitio para estacionar el coche, miró la pantalla. Si era Tom otra vez, se pondría a gritar. O mejor, dimitiría.

Pero el teléfono dejó de sonar en cuanto lo abrió. Genial. Della volvió a cerrarlo, irritada, y lo soltó sobre el asiento. Pero su conciencia no se lo permitía. Ni su profesionalidad. Ni el posible ascenso por el que tanto había trabajado.

Aunque estaba más que harta de Tom Dermont, una persona a la que, en un día normal, detestaba y que en medio de una crisis de Relaciones Públicas era su mayor pesadilla.

–Recuérdame por qué me gusta mi trabajo –dijo en voz alta.

El silencio fue la única respuesta y Della se encogió de hombros, haciendo un gesto de dolor al notar un tirón en las cervicales. Lo que necesitaba era un baño de espuma, se dijo.

Se imaginó a sí misma en la cama… pero no estaba durmiendo. No, ella no hacía lo que hacía todo el mundo. Ojalá. Ella se llevaba el trabajo a casa y estaría sentada en la cama durante horas, delante del ordenador, hasta que se quedase dormida.

La llamada de aviso de su móvil la sobresaltó. Tenía un mensaje. Temía que fuera de Tom, pero sonrió al oír la voz de su mejor amiga. La llamó de inmediato, claro. Era el mejor antídoto para la depresión.

Lyn contestó enseguida:

–Voy en el coche.

Della oyó tras ella un coro familiar: la voz de Jamie, de cuatro años, cantando a pleno pulmón, y Cassie, de seis meses, tapando los cánticos con sus berridos.

–Tengo buenas noticias –dijo Lyn.

Della levantó los ojos al cielo.

–¿Dónde vamos esta vez?

–¿Dónde vamos?

–Ya no tengo sitio para más zapatos, así que espero que no sea…

–No, no, no estoy hablando de las rebajas. Luke vuelve a casa

definitivamente.

Della tardó un momento en entender.

–¿Qué has dicho?

–Qué sorpresa, ¿verdad? Pero una buena sorpresa. Estoy deseando verlo.

Della se preguntó qué había hecho para merecer aquello. Con lo que tenía encima…

Sorpresa era decir poco. En fin, sabía que Luke volvería a casa algún día porque siempre había dicho que no pensaba quedarse en el extranjero para siempre, pero pensaba que la avisaría con tiempo. Tiempo para prepararse antes de volver a verlo. Con su mujer, además.

–¿Dell?

–Sí, estoy aquí. ¿Quieres decir que Luke e Yvonne van a vivir aquí, en Adelaida?

–Están hartos de vivir en India, por lo visto, así que vuelven a Australia para estar con su familia. Increíble, ¿verdad?

–Sí, bueno… ¿cuándo? –preguntó Della.

–Ya conoces a mi hermano. Le encantan las sorpresas, así que ni idea –contestó su amiga–. Llamó desde Melbourne cuando hicieron escala, así que mi madre quiere que vayas a cenar a casa esta noche.

–Esta noche… –el cerebro de Della no respondía. Era demasiado. No sabía qué decir.

–Yo voy para allá ahora mismo. Te espero a las ocho.

–Pero… no tengo tiempo de ir a casa y…

–Pues no vayas a tu casa. Ve directamente a la de mis padres –la interrumpió Lyn–. Te haré un buen cóctel. Sé lo estresada que estás.

–Hoy sí, desde luego –suspiró Della. Pero no podía declinar la invitación porque la madre de Lyn había sido como una madre para ella. Nunca había rechazado una invitación de Dawn Brayford y no podía hacerlo ahora.

Pero Luke… Luke estaría allí.

–Ay, porras, se me había olvidado –dijo Lyn entonces–. Hoy tenías la cita con el médico, ¿verdad?

Della tragó saliva.

–Sí –consiguió decir.

Con tanto trabajo, no había tenido ni siquiera un minuto para lamer sus heridas.

–¿Qué te ha dicho el médico, Dell?

–Luego te lo contaré.

–Bueno, como quieras. Cuando llegues a casa, tendrás el cóctel preparado.

Della cerró el teléfono y lo guardó en el bolso. Necesitaba una

copa. Tom Dermont. El doctor Morgan. Y ahora Luke. E Yvonne. Menudo día.

Tenía que calmarse, se dijo. Afortunadamente, aquel día se había puesto uno de sus mejores trajes y llevaba su bolsita de cosméticos. Al menos estaría presentable. Además, Luke no sabía lo que sentía por él. Nunca se lo había dicho.

Della tuvo que respirar profundamente para calmarse. Podía hacerlo. Ella era una experta en resolver crisis, la persona con la que contaba su empresa para solucionar cualquier situación de caos. Sencillamente, tenía que ponerse la máscara de trabajo, su máscara.

Como hacía cada vez que Luke volvía a Adelaida.

Como había hecho cuando volvió con su novia unos años antes. Della lo había felicitado como si no sintiera más que un cariño de hermana por él.

Entonces lo había engañado y ahora también podría hacerlo.

Si tuviera más tiempo para hacerse a la idea…

Suspirando, volvió a arrancar el coche. Los padres de Lyn seguían viviendo en la misma casa impresionante, en la misma zona residencial, en la misma calle rodeada de árboles donde Lyn y Luke habían crecido. Nada que ver con su propia casa, no exactamente una chabola, pero casi.

Sus padres habían sido personas de clase trabajadora… ocasionalmente, porque la mayor parte del tiempo vivían del paro. Della no podía creer que tuviesen los mismos genes. A ellos no les gustaba su amistad con Lyn ni «las absurdas ideas» que su amiga le metía en la cabeza, según ellos. ¿Por qué era absurdo querer ir a la universidad y conseguir un trabajo bien pagado? Les había demostrado que podía hacerlo, ¿no?

Della suspiró de nuevo. Incluso ahora, con sus padres muertos, seguía sintiendo que tenía que demostrarles algo. Aunque no sabía qué.

De adolescente, se pasaba el día en casa de Lyn. Le encantaba. Era una casa feliz. No sólo porque los Brayford tuvieran dinero, sino porque Dawn y Frank mostraban un genuino interés por sus hijos. Y la trataban como si fuera uno de ellos. Los Brayford la habían apoyado y querido mucho más que sus propios padres.

Después de aparcar frente a la casa, Della se quedó sentada un momento, pensativa. Luke no habría llegado todavía, de modo que no había nada que temer. Aunque no era a Luke a quien temía, sino a sus propias emociones.

Trece años. ¿De verdad había pasado tanto tiempo desde que se marchó de Adelaida? ¿Por qué sus sentimientos por él seguían siendo los mismos después de tantos años? Debería haberse olvidado de él. Pero allí estaba, trece años después, sintiendo un

pellizco en el estómago ante la idea de volver a verlo.

Le resultaba difícil creer que Luke volvía a Adelaida para quedarse. Hasta entonces había ido de un sitio para otro, sin parar nunca. Quizá era cosa de su mujer, pensó, aunque no parecía el tipo de chica que quiere que sus suegros se involucren en su vida marital.

Entonces se le ocurrió que quizá Luke y su mujer estaban esperando un hijo. La idea hizo que se le encogiera el corazón y tuvo que abrir la boca para llevar aire a sus pulmones.

En ese caso, quizá sería lógico que volviesen a Australia. Adelaida era el sitio perfecto para tener una familia y, si era así, ella tendría que acostumbrarse a la idea.

Más calmada, bajó del Mercedes deportivo y conectó la alarma, aunque en aquella zona era innecesario. Los coches de lujo eran lo habitual, no la excepción.

Della no era dada a grandes caprichos y se enorgullecía de ser muy cauta a la hora de invertir dinero, pero se había enamorado de aquel coche. Una mirada y se vio enganchada por completo.

Sonriendo, tuvo que admitir que le había pasado lo mismo con Luke Brayford. Pero luego irguió los hombros y se dirigió a la entrada. Nada de tonterías, se dijo.

Lyn abrió la puerta.

–Deberías ver cómo está la cocina. Mi madre ha hecho todo lo que le gusta a Luke.

–Ya me imagino. Estará deseando verlo.

–Yo también estoy deseando verlo, pero chica… ven al salón, anda, te he preparado un cóctel estupendo.

–Debería preguntarle a tu madre si necesita ayuda.

–Ni se te ocurra. Quiere mimar a su único hijo, y lo mejor que podemos hacer es dejarla sola.

Lyn la llevó al salón y le ofreció la copa más grande que Della había visto nunca.

–¿Dónde la has encontrado? ¿Seguro que no es una jarra?

Lyn se encogió de hombros.

–Si es una jarra, tiene una gemela –sonrió, tomando una igual para ella–. Ah, qué rico. Soy la reina del cóctel.

Della estaba de acuerdo.

–Sé que no quieres hablar sobre lo que te ha dicho el médico –empezó a decir su amiga, sentándose a su lado en el sofá–. Pero quiero que sepas que cuando quieras hablar, estoy disponible. Día y noche. Además, Cassie me tiene despierta a todas horas…

–Lo sé, pero necesito tiempo para acostumbrarme a la idea. ¿Qué tal si quedamos para cenar esta semana?

–Buena idea. ¿Qué tal mañana? –sonrió Lyn–. ¿O es demasiado

pronto?

Della sacudió la cabeza. Con un poco de suerte tendría un par de horas para pensar, para aceptar lo inevitable.

Entonces oyeron llorar a Cassie en la habitación.

–Porras. La niña se ha despertado. Esperaba que durmiese durante toda la cena.

–¿Dónde está Jamie?

–Con su padre, en el comedor. En fin, será mejor que vaya a atender a mi hija.

Della la vio salir del salón y, después de dejar su copa sobre la mesa, fue al cuarto de baño para arreglarse un poco. Mientras se maquillaba, pensó por enésima vez en la suerte que tenía de contar con la amistad de Lyn. Siempre había sido así. Desde aquel día en la playa, a los catorce años, cuando fue a un puesto a pedir un perrito caliente y se dio cuenta de que no llevaba suficiente dinero para pagarlo. Lyn la rescató entonces. Además de darle el dinero que le faltaba, insistió en comprarle un refresco y se quedó con ella todo el día.

Della sacudió la cabeza. Estaba tan claro en su memoria como si hubiera sido el día anterior. Aunque seguramente Lyn ni se acordaría.

Antes de decirse adiós, Della había anotado su dirección para devolverle el dinero en cuanto le fuera posible. Pero cuando por fin lo tuvo, se quedó delante de la verja de hierro, demasiado asustada como para llamar al timbre.

Y entonces apareció Luke. Aunque sólo tenía un año más que ella le pareció mucho mayor porque ya entonces tenía una presencia física formidable. De pelo rubio oscuro y ojos grises, era un chico alto, musculoso… el capitán del equipo de fútbol del instituto ni más ni menos. Y ella, a su lado, parecía una niña. La habría asustado si no fuera porque tenía una sonrisa encantadora. Una sonrisa que la dejó sin aliento, con las piernas temblorosas.

Suspirando, Della guardó los cosméticos en el bolso. Pero cuando salía del baño oyó gritos en la puerta:

–¡Es un taxi! ¡Son ellos!

Della reconoció la voz de la hermana de Lyn, Megan. Poppy, la más pequeña de la familia, llamó a su madre enseguida.

Della no salió a la puerta. Era un momento sólo para la familia. Y, por muy buena relación que tuviera con los Brayford, ella no era parte de la familia. De modo que volvió al salón y, cóctel en mano, salió a la terraza. Suspirando, se apoyó en la barandilla y tomó un sorbo mientras admiraba el jardín. Una fila de árboles altísimos separaba a los Brayford de sus vecinos. Además, Dawn había plantado unas flores preciosas…

Siempre le había encantado aquel jardín, tan diferente al patio de su casa, convertido casi en un vertedero, lleno de trastos por todas partes.

Della intentó serenarse mirando las flores. Lo necesitaba más que nunca.

–Ah, aquí estás, Flaca.

Della se volvió, sobresaltada, al oír la voz de Luke, profunda y ronca. Una voz que ejercía en ella el mismo efecto que siempre.

Estaba guapísimo. La última vez que lo vio tenía el pelo corto, pero había cambiado de trabajo desde entonces y ahora lo llevaba largo. Se parecía más al Luke joven, informal, de su adolescencia. La apariencia debía importar poco ahora que no trabajaba en televisión, pensó.

Luke sonrió al ver aquella enorme copa en su mano. Y esa sonrisa le había servido de mucho. Con esa sonrisa, ni siquiera un rebelde armado hasta los dientes habría podido negarse a una entrevista.

Sus cálidos ojos grises brillaban, alegres.

–Veo que tienes mucha sed.

Conteniendo el deseo de tirar la copa y echarse en sus brazos, Della se encogió de hombros.

–Para aliviar el estrés.

–¿No te gusta tu trabajo?

–Sí, claro que me gusta. Pero no tengo que decirte a ti lo estresante que puede ser un trabajo, por mucho que te guste.

Él debía saberlo mejor que nadie. Como corresponsal de una cadena de televisión, había estado diez años viajando por todo el mundo, cubriendo conflictos, hambrunas y guerras. Trabajaba solo, sin equipo, con una mochila, una cámara digital y un ordenador. Y así retransmitía sus reportajes. Se había especializado en contar historias que no cubrían las grandes cadenas, siempre aportando el lado humano.

Della levantó su copa y tomó un sorbo del cóctel. Pero le costaba tragar.

–Bueno, dime, ¿cómo estás?

–Bien –contestó él–. ¿Y mi beso? ¿Mi abrazo? ¿Vuelvo a casa y no recibo nada?

–Ah, es verdad.

Della le dio un torpe abrazo mientras apartaba la copa para no mancharlo. Pero Luke la abrazó con fuerza. Podía sentir el calor de su cuerpo a través de la camisa, y un calor diferente se instaló en su interior, recordándole lo que era sentirse atraída por un hombre. Luego le dio un beso en la mejilla, pero ella se apartó enseguida.

Por su sonrisa, Luke parecía saber por qué. Pero no podía

saberlo. Nunca había habido nada entre ellos. Nunca. Ni siquiera una sugerencia de atracción. Él no podía saber.

Della lo miró fijamente. Seguía teniendo un bultito en medio de la nariz de aquella vez, cuando Lyn lo retó a bajar por una barandilla con el monopatín y acabó cayendo de bruces contra el asfalto. Lyn se sentía culpable, pero la verdad era que Luke jamás decía que no a un reto. Ni antes ni ahora.

–Estás muy guapa, Flaca. Igual que cuando me fui.

Ella no podía decir lo mismo. Las arruguitas alrededor de sus ojos eran la prueba de la peligrosa vida que había llevado durante diez años. Pero la edad le había dado carácter a una cara que una vez ella habría definido como «perfecta».

–¿No hay ópticas en India? –bromeó.

–Me gusta cómo llevas el pelo. El pelo corto te queda bien. Muy sofisticado.

–¿Para una flaca como yo?

–La última vez que vine no lo llevabas corto, ¿verdad?

–No, me lo he cortado hace poco.

Él no se había fijado, claro. Porque la última vez que estuvo en Adelaida sólo tenía ojos para su mujer.

No se había afeitado, pero la sombra de barba le daba un aspecto muy interesante…

Della apretó los dientes. La atracción que sentía por Luke contrastaba con la antipatía que sentía por los hombres con los que había salido durante los últimos años. Casi había tenido que obligarse a sí misma a salir con ellos y empezaba a pensar que, sencillamente, no le interesaban los hombres. Y aquél no era buen momento para descubrir que eso no era verdad.

De repente, se sintió exageradamente formal con su traje de chaqueta, en contraste con los vaqueros y la vieja cazadora de Luke…

–¿Ésa es la cazadora de cuando éramos pequeños?

Él asintió con la cabeza.

–No sabía si la reconocerías.

–Pues deben de pagarte poquísimo si no puedes comprarte ropa decente.

Su sueldo no podía ser el mismo desde que dejó el periodismo y se dedicó a dirigir un orfanato en India. Pero Luke nunca sería pobre. Su abuelo le había dejado un fideicomiso del que podría vivir toda la vida.

–No pienso tirar nunca esta cazadora. Tiene un gran valor sentimental para mí.

Della lo miró, escéptica, y él soltó una carcajada.

–Además, es muy cómoda.

–Y a ti lo que más te interesa es la comodidad, ¿no? ¿Por qué si no irías a sitios como Afganistán…?

–Luke, no te estarás metiendo con Della, ¿verdad? –Dawn había salido a la terraza para reunirse con ellos–. Cuando erais pequeños, siempre estabas tomándole el pelo.

–No, todo lo contrario. Le decía lo guapa que está con el pelo corto –sonrió él, tomando a su madre por la cintura–. Pero Della no me cree.

–Considerando cómo te metías con ella cuando erais pequeños, no me extraña. Pero está muy guapa, ¿verdad? Yo creo que así se parece a Audrey Hepburn.

–Sí, seguro –rió Della–. Dawn, tú me quieres demasiado. Y de ti, Luke, no me creo nada.

Se sentía orgullosa de sí misma. Nadie podría haber imaginado que estaba mintiendo. Nadie sabría que llevaba más de media vida comparando a todos los hombres con Luke Brayford y rechazándolos precisamente porque no eran él.

–Pensé que vendrías con Yvonne –dijo Dawn entonces–. No la habrás dejado en India, ¿verdad?

Luke apartó la mirada.

–Sí, sigue allí… que yo sepa. Os lo explicaré cuando estemos todos reunidos.

Dawn miró a su hijo con cara de sorpresa.

–Bueno, pues entonces vamos a cenar.

Mientras ocupaban sus sitios frente a la enorme mesa de roble, Della deseó que aquélla fuera su familia de verdad. Aquello era lo que siempre había querido para sus hijos: una casa llena de cariño, de risas.

Angustiada, tuvo que bajar la mirada mientras se colocaba la servilleta sobre las rodillas.

Esa oportunidad se había perdido para siempre.

Capítulo 2

De verdad has vuelto para quedarte? –preguntó Poppy, con la boca llena.

Luke miró a su hermana pequeña. Era difícil creer que hubiese crecido tanto desde la última vez que la vio.

–¿Cuántas veces tengo que decirlo?

–Sí, ya, pero ¿de verdad? ¿No te vas a aburrir aquí?

Luke se encogió de hombros.

–No lo creo.

–Pero aquí no hay guerras. En Adelaida nunca pasa nada.

–Afortunadamente –suspiró Dawn–. Tenemos suerte de vivir en una de las ciudades más seguras de la tierra. Y supongo que Luke se ha cansado de guerras y de pobreza. Si tiene un poco de sentido común, querrá alejarse de todo eso.

Luke sonrió. Su madre nunca perdía una oportunidad de decirle que estaba loco por hacer lo que hacía. Pero nunca lo criticaba. Aunque no entendía que viviera como lo hacía, siempre había respetado sus decisiones.

Como su padre. Luke lo miró entonces. Ya casi tenía todo el pelo blanco. Esperaba no haberle causado demasiadas preocupaciones en la vida…

Al lado de su padre, su hermana Megan estaba charlando con su cuñado, Patrick. Por lo visto, el matrimonio de Lyn no sólo había sobrevivido, sino que iba mejor que nunca. Luego miró a su hermana, con Cassie en brazos y Jamie sentado a su lado. Sus sobrinos. Ahora tendría tiempo para conocerlos mejor, pensó.

Lynnie, como la había llamado siempre, había engordado un poco y estaba guapísima. En su opinión, siempre había sido demasiado delgada. Ella lo miró entonces, guiñándole un ojo. Luke sonrió. Tenían casi la misma edad y habían sido siempre más amigos que hermanos. Los tres, de hecho: Lyn, Della y él.

Si su hermana había cambiado, no podía encontrar palabras para describir la transformación de Della. Seguía siendo bajita y delgada, por supuesto, pero parecía tener más confianza en sí misma. Parecía… serena, madura. Como si nada pudiera turbarla. Y resultaba muy femenina. El precioso pelo corto destacaba sus pómulos altos… y le gustaba mucho la curva de su cuello, en el pasado siempre oculto por una larga melena oscura que solía caer sobre su cara. Como un escudo contra el mundo exterior.

Debía haber perdido la timidez, pensó. Bueno, nunca había sido timidez exactamente. Más bien sentía vergüenza por quién era y de dónde venía.

Della levantó la cabeza para mirar a Lyn y, al ver sus ojos, Luke tuvo que tragar saliva. Enormes, oscuros y ligeramente almendrados. Ahora que se había cortado el pelo, parecían más grandes que nunca.

No podía apartar la mirada y se dio cuenta de que la sonrisa no llegaba hasta sus ojos. Parecía triste. ¿Por qué, cuando tenía todo lo que siempre había querido?, se preguntó.

No sería pena por sus padres, no. Los padres de Della nunca se habían portado bien con ella. El corazón de Luke se encogió al recordar… su madre había llevado a Della al médico y éste le dijo que la baja estatura de Della era debida a la malnutrición.

Él había visto muchos niños malnutridos en los países del Tercer Mundo, y le hervía la sangre al pensar que Della había pasado por lo mismo allí, en Australia, en un país rico. Sabía que sus padres habían considerado la idea de adoptarla, pero algo debió de ocurrir. De haber podido, sin duda la habrían adoptado.

Della estaba sonriéndole a Jamie, y cuando se fijó en sus labios, Luke experimentó algo en la boca del estómago. Era algo parecido a la atracción sexual, pero no podía ser. No, imposible.

–Bueno, ¿y qué piensas hacer, hijo?

Luke apartó la mirada de Della para concentrarse en su padre.

–¿Con respecto a qué?

–Al trabajo.

–Tengo una oferta.

–¿Ah, sí? –sonrió Frank Brayford.

–Aún no está firmado, así que no voy a contaros mucho, pero tiene que ver con la organización para la que he estado trabajando en India.

–¿Y está aquí, en Adelaida?

–Sí.

Un ruido llamó su atención, y cuando giró la cabeza, vio a Della inclinándose para tomar el tenedor, que se le había caído al suelo.

–Hablando de trabajos, Flaca, ¿cuándo vas a dejar al enemigo?

–¿Qué enemigo? –preguntó ella.

–Bueno, la palabra enemigo puede que sea demasiado fuerte. Pero los Relaciones Públicas sois algo así como los cancerberos, los que evitáis que periodistas como yo descubran la verdad de las cosas.

Della arrugó el ceño.

–Sin Relaciones Públicas como yo, los periodistas tendríais que trabajar mucho más, listo. Nosotros hacemos gran parte del trabajo

dándoos la información que necesitáis.

–La información que *vosotros* queréis darnos, querrás decir.

–Sin nosotros, tendríais que levantar el trasero del sofá y poneros a buscar historias vosotros solitos –replicó ella.

–Sí, bueno, hay muchos periodistas vagos… algunos dan vergüenza incluso. Pero yo me refiero a los buenos, a los que buscamos la verdad. A los que nos encontramos con los Relaciones Públicas muy ocupados limpiando el nombre de sus clientes.

–Dawn, dile que me deje en paz.

–Luke, déjalo –sonrió su madre–. Della, ya sabes que no lo dice en serio…

–Sí, sí.

–No le hagas caso. Della es muy buena en su trabajo, así que déjala vivir. Además, está a punto de conseguir un ascenso.

–Y tú ya no eres periodista –le recordó Lyn–. Llevas tres años sin serlo.

Luke soltó una risita.

–Pero tengo derecho a defender mi profesión.

Aunque su madre tenía razón, la verdad era que lo había dicho en serio. No le gustaba que Della trabajase para algunas de las grandes multinacionales con las que se había topado él tantas veces. Pero aquél no era ni el momento ni el sitio para hablar del asunto.

–Dijiste que nos contarías dónde está Yvonne –dijo su madre entonces, para cambiar de tema–. ¿Vas a ir a buscarla?

–Ah, me temo que debo daros una mala noticia –suspiró Luke–. Yvonne y yo hemos roto.

–¿Qué?

–No sé dónde está y, francamente, no me importa.

Todos se quedaron en silencio.

–¿Te vas a divorciar? –preguntó su madre por fin.

–Sí. El proceso ya está en marcha.

–Pero esto es tan repentino… en el último correo electrónico decías que todo iba bien…

–Sí, bueno, todo iba bien, pero ya no estábamos juntos. Siento no habéroslo contado antes, pero nuestra relación se rompió hace algún tiempo.

–¿Habéis ido a hablar con alguien… un consejero matrimonial o algo así?

–No –contestó él–. No valdría de nada.

–Luke, ¿qué ha pasado? Estabais tan enamorados… Cuando viniste a presentarnos a Yvonne te vi más feliz que nunca.

–Prefiero no entrar en detalles, mamá. Hemos roto y ya está.

–Muy bien. Pero lo siento mucho, hijo. En fin, es una suerte que no habéis tenido hijos.

Luke apretó los dientes mientras tomaba su copa de vino.

–No creo que eso sea una suerte.

No quería hablar de ese tema. Ni siquiera con su familia. Era demasiado doloroso.

–¿Dónde están tus maletas? ¿Las has dejado en el aeropuerto?

–No, están en el hotel…

–¿En qué hotel? ¿Por qué vas a alojarte en un hotel? –lo interrumpió su madre.

–No quería daros problemas…

–Tonterías. ¿Qué problemas vas a darnos? Haz el favor de venir a casa, donde yo pueda cuidar de ti.

Luke sonrió, sacudiendo la cabeza. No necesitaba que nadie cuidase de él. Llevaba años viviendo solo en los sitios más peligrosos del planeta. Estaba acostumbrado. Y si su matrimonio le había enseñado algo, era que estaba mejor solo.

Después de cenar, en lugar de quedarse para tomar café como solía hacer, Della se levantó de la silla.

–Lo siento, pero tengo que irme. Aún tengo trabajo que hacer esta noche.

–Trabajas demasiado –suspiró Dawn–. ¿De verdad tienes que irte?

Luke se levantó también.

–Podrías llevarme al centro.

Oh, no. El trabajo sólo era parte de la razón por la que había querido marcharse. Tenía que alejarse de Luke. El esfuerzo de fingir que no sentía nada por él era agotador. La noticia de su divorcio había empeorado el asunto, y Della se debatía entre la compasión y el alivio de que estuviera libre otra vez. Y le daba vergüenza reconocer que era más bien alivio.

–¿Tú también tienes que irte tan pronto?

–Estoy agotado del viaje, mamá. Quiero dormir un poco.

En la confusión de besos, abrazos y despedidas, Della sintió que le daba vueltas la cabeza, de modo que salió de la casa y se dirigió al Mercedes. Luke iba a divorciarse y, además, iba a quedarse a vivir en Adelaida.

Aunque eso no cambiaba nada porque estaba decidida a seguir escondiendo sus sentimientos. No quería arruinar una bonita amistad cuando Luke más la necesitaba. Como amiga.

–Pensé que te habías ido sin mí –sonrió él, entrando en el coche–. Ah, bonito Mercedes. Tienes buen gusto, Flaca.

–¿Qué pensabas que tendría, un Volvo? ¿Un coche sobrio y seguro?

–No lo sé –rió Luke–. Más bien un Mini.
–¡Un Mini!
–Un coche de tu tamaño.
–Idiota.
Luke soltó una carcajada.
–Bueno, ¿y qué ha sido de tus ideales, Della?
–¿Mis ideales?
–De los que hablábamos sin parar cuando estábamos en la universidad. Tú deseabas resolver los problemas del mundo tanto como yo.
–Entonces era joven y tonta. Y creía que lo sabía todo.
–¿Y ahora eres vieja y tonta y sabes que no sabes nada?
Della lo miró de reojo.
–Algo así.
Ella nunca había estado tan convencida como Luke. O quizá nunca había sido tan valiente. Pero lo admiraba por todo lo que había hecho.
–¿Dónde te dejo?
–En North Terrace. Pero tenemos que vernos esta semana. Hace años que no salimos juntos por ahí.
–¿Años? ¡Siglos!
–¿Qué tal si comemos juntos mañana?
–Me encantaría, pero tenemos una crisis en la oficina.
–¿Qué tipo de crisis?
–Tom Dermont.
–Ah, claro, Dermont, de la empresa Química Dermont. El perfecto ejemplo de responsabilidad corporativa –dijo Luke, irónico–. ¿Entonces cuándo, mañana por la noche?
–Mañana he quedado con tu hermana.
–¿Pasado mañana?
–No lo sé. Depende de si Patrick puede quedarse con los niños. Ya te lo diré. ¿Te dejo aquí?
–Sí.
Era un sitio con mucho tráfico y no podía aparcar, de modo que Luke bajó de un salto.
–Gracias. Que duermas bien.
En cuanto cerró la puerta, Della pisó el acelerador. Aunque intentó no hacerlo, tuvo que mirar por el espejo retrovisor para verlo otra vez. Estaba de vuelta en casa. Para quedarse…
Había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para fingir durante la cena. Y no recordaba que le hubiese costado tanto trabajo otras veces.
Entonces se preguntó si algún día podría revelarle sus verdaderos sentimientos. Ahora estaba divorciado y pensaba

quedarse en Adelaida… ¿por qué no?

Por su amistad.

No le sorprendería que siguiera enamorado de Yvonne. Y, si era así, lo último que necesitaba era que ella le confesase su amor.

Por el momento, eso era lo que había. Pero ¿y en el futuro?

Pero no debía pensar en el futuro, era absurdo. Ni siquiera sabía si podrían retomar su amistad. Las últimas veces que estuvo de visita se había mostrado distraído, ocupado con sus cosas. Y cuando fue con Yvonne no tenía ojos para nadie más.

Podían retomar su amistad, pero había cosas que no quería contarle. Su enfermedad, por ejemplo, o el resultado de esa enfermedad. Aunque Luke hubiese vuelto a Adelaida, las cosas nunca serían como antes.

A la mañana siguiente, Della despertó con dolor de cabeza. Cierta sonrisa había invadido sus sueños y no la había dejado descansar ni un minuto. Pero después de ducharse y desayunar, se sentía casi humana otra vez. A pesar del dolor de cabeza, estaba más animada que el día anterior.

Con un zumo de naranja en la mano, salió a la terraza, desde la que podía verse el golfo de St. Vincent, y respiró profundamente. El mar, de color turquesa, se confundía con un cielo de primavera sin nubes.

Sólo un pequeño parque público separaba su jardín de la playa.

Della se dejó caer sobre el balancín y tomó un sorbo de zumo mientras pensaba en el día anterior.

Si Luke iba a vivir en Adelaida, no podrían evitarse. Además, ella no quería hacerlo. Entre no volver a verlo nunca o tener que esconderle su amor, prefería esto último.

Había aprendido de pequeña que era esencial esconder la verdad si esa verdad no servía a ningún propósito. Eso no la convertía en una persona deshonesta, sólo acostumbrada a esconder sus sentimientos.

La noche anterior le había confirmado que su atracción por Luke era la misma de siempre. Pero lo más importante era su amistad con él. Y si Luke quería hablar de su ruptura con Yvonne, ella, como amiga, debía apoyarlo. Y lo haría.

Si seguía queriendo a su mujer, como ella sospechaba, estaría sufriendo muchísimo. Desde luego, había visto un brillo de tristeza en sus ojos cuando le dio la noticia a su familia.

Los gritos de las gaviotas llamaron su atención entonces. Della levantó la cabeza y observó a las aves durante unos minutos antes de entrar en casa. Aunque le encantaría quedarse en la terraza todo

el día, no podía ser. Tenía que organizar una conferencia de prensa.

Della se detuvo en recepción para saludar a Bonnie y comprobar si tenía mensajes antes de ir a su despacho.

Bonnie, medio escondida tras un arreglo floral, la saludó con una sonrisa de complicidad.

–Hola, Della. Marvin te ha estado buscando.

–¿Ya? ¿Está en su despacho?

–Con Jason.

–¿En serio?

Ni su jefe, Marvin, ni su ayudante solían llegar tan temprano a la oficina. Aquella crisis debía de tenerlos de los nervios.

Después de dejar su maletín en el despacho, Della recorrió el pasillo que llevaba a la oficina de Marvin.

–Ah, aquí estás –murmuró su jefe, mirando el reloj–. Della, tenemos un problema con la conferencia de prensa.

–¿Qué problema?

–Tom Dermont me ha llamado a casa esta mañana. Por lo visto, tú tenías apagado el móvil.

–Ah, sí, es que me dolía muchísimo la cabeza…

–Bueno, da igual –la interrumpió él–. El asunto es que quiere hablar personalmente con los medios.

–Oh, no.

–Eso mismo pienso yo. ¿Qué vamos a hacer?

–Hablaré con él, Marvin. Le convenceré de que no debe hacerlo.

–¿Convencerlo? Te hará falta un martillo pilón para abrirte paso en esa cabeza tan dura –suspiró su jefe–. Bueno, hazlo rápido y ven enseguida a contarme qué ha dicho.

–No te preocupes, Marvin –dijo Jason entonces–. Yo la ayudaré.

Della se volvió, levantando una ceja. Menuda cara. Y le habría dicho claramente que no necesitaba su ayuda si Marvin no se hubiera puesto a hablar por teléfono en ese momento.

En el pasillo, Jason la sujetó del brazo.

–Della, sólo intento ayudarte. No quería dar a entender que tú no pudieras hacerlo sola…

No, claro que no. No delante de ella, eso desde luego. Pero a sus espaldas sí. Jason llevaba meses intentando robarle el puesto.

Si las cosas iban como esperaba y lograba el ascenso, podía quedarse con él. Pero si seguía haciendo comentarios como el que acababa de hacer delante de Marvin, lo mejor sería sugerir que buscasen a un empleado más leal.

–Empieza a preparar los cuadernillos de prensa. Te envié toda la información por correo electrónico anoche. ¿La has visto?

–Aún no he mirado mi correo.

–Pues hazlo ahora mismo. Llama a Catherine y dile que necesitamos un plan de comunicación. Yo hablaré con Tom Dermont.

–¿Quieres que…?

–Yo me encargo de eso –lo interrumpió Della–. Ponte a trabajar.

–Ahora mismo.

Suspirando, Della entró en su despacho. No le gustaba hacer el papel de jefa antipática, pero conocía bien a los tipos como Jason y no era tan ingenua como para pensar que había otra forma de tratar con ellos.

Había un mensaje sobre su escritorio. Melanie Crow, la portavoz de la empresa Química Dermont. No podía ser una buena noticia. Sería mejor que hablase con ella antes de hablar con Tom.

Melanie no sabía qué hacer en medio de aquella crisis, y Della casi sentía pena por ella. Tom había intentado recortar gastos contratando a una chica recién salida de la universidad en lugar de a un profesional con experiencia… y ése era el resultado.

Si tuviera algo de sentido común, se gastaría el dinero en crear una relación fluida con los residentes de la zona y en preparar planes de emergencia para incidentes como el incendio del día anterior. Aunque ella no pensaba decírselo. Al fin y al cabo, era de eso de lo que vivía. Y como Tom no quería, o no podía, trabajar con nadie más que con ella, eso la colocaba en una posición ventajosa frente a los propietarios de la agencia.

–Melanie, soy Della.

–Ah, gracias a Dios –suspiró la joven–. Ya no sé qué hacer. El incendio no ha sido extinguido todavía.

–Pensé que ya lo habían hecho…

–No, qué va. El fuego ha llegado a uno de los tanques y ha habido una explosión. Hay dos bomberos en el hospital…

–¿Cómo están?

–Sufren intoxicación por inhalación de humo, creo. La policía está evacuando a los residentes.

Della soltó una palabrota en voz baja. Aquello era lo último que necesitaban. Si los residentes de la zona lograban convencer al Ayuntamiento de que era una fábrica peligrosa, Tom tendría que llevársela a las afueras, y eso le costaría una millonada. Incluso podría tener que cerrar.

–Gracias por llamar, Melanie. Voy a hablar con Tom ahora mismo. Por lo visto, quiere hablar personalmente con los medios y tengo que convencerlo para que no lo haga.

–Pues buena suerte –dijo Melanie, con un suspiro de derrota.

–He pensado que quien debería hablar con los medios es Dan

Barlow.

–Perfecto. Dan siempre parece una buena persona. Además, él sabe de lo que habla. No intentará mentir a la prensa como haría Tom.

Esa tarde, Della repasaba uno de los cuadernillos de prensa que Jason había colocado en la sala de reuniones de uno de los mejores hoteles de Adelaida. Ahora sólo cabía esperar que Tom se quedase en su casa, como había prometido.

Dan Barlow entró poco después, y Della estrechó su mano.

–Gracias por venir.

–De nada. Me alegro de poder ayudar.

Charlaron durante unos minutos y luego, cuando se volvió para comprobar si había sillas suficientes para todos los periodistas que iban a acudir a la rueda de prensa, se encontró con el rostro de Luke.

–¿Qué haces aquí?

Él la miró de arriba abajo, desde el flequillo a los zapatos. La estaba inspeccionando, y eso era algo que no había hecho nunca.

–Me gusta cómo te vistes para trabajar. Muy elegante, pero nada convencional. La antigua Della sigue ahí, en alguna parte.

Absurdamente encantada, ella se pasó la mano por la falda negra y el jersey de cuello vuelto del mismo color.

–Me alegra comprobar que tu atuendo también ha mejorado.

De hecho, estaba guapísimo con unos pantalones color caqui y una camisa blanca. Además, se había cortado el pelo y estaba recién afeitado.

–Pero aún no me has dicho qué haces aquí.

–Echando un vistazo a los sucesos locales.

–No estarás trabajando, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

–¿Y cómo sabías que la rueda de prensa tendría lugar en este hotel?

–Porque sigo teniendo contactos en los medios.

–Ah, claro –Della miró alrededor para comprobar que todos los periodistas convocados habían ocupado su sitio–. Bueno, tenemos que empezar.

–Muy bien. Te veo esta noche.

–No, esta noche he quedado con Lyn. O eso creo.

–Ah, es verdad.

Della se colocó en la cabecera de la mesa para informar de que Dan Barlow contestaría a las preguntas. Debería haber imaginado que Luke no se perdería una conferencia de prensa sobre un asunto

tan grave. Conocido en todo el mundo por haber expuesto la explotación y la avaricia de las grandes corporaciones, era un periodista muy reconocido en Australia.

Mientras escuchaba las preguntas y respuestas lo miraba de vez en cuando… y en todas las ocasiones Luke la estaba mirando. Con un guiño, una sonrisa. Tenía que hacer un esfuerzo para no mirar en su dirección o le daría la risa delante de todos.

Afortunadamente, ella era una profesional y el tema suficientemente serio como para olvidarse de Luke durante la hora que duró la rueda de prensa. Lo perdió de vista después y, cuando volvió a su despacho, estaba agotada. Sobre su escritorio había un mensaje de otro cliente de la industria vitivinícola local. Tendría que delegar parte del trabajo para el informe anual o no podría presentarlo a tiempo.

Entonces oyó una llamada de aviso en su móvil y leyó el mensaje:

Quedamos esta noche. Te espero en casa a las ocho Lyn.

Della cerró el móvil con una mezcla de sentimientos. Le encantaba salir con su amiga, pero aquella noche no iba a ser nada fácil.

Capítulo 3

Della estuvo trabajando hasta las ocho menos cuarto para poder salir de la oficina sin sentirse culpable. Cuando llegó a casa de Lyn vio un coche desconocido en la puerta. Un Saab. ¿Una visita? ¿Tendrían que quedarse en casa? Casi esperaba que fuera así. Casi. Pero ésa sería la salida más fácil, y ella no era una cobarde.

–Ya casi estoy –Lyn abrió la puerta con Cassie en brazos–. Toma, quédate con la niña mientras yo me pinto un poco.

Della estaba entrando en el salón cuando vio a Luke en el suelo, jugando con Jamie.

–Hola –la saludó él–. ¿Quieres jugar con nosotros?

–No, estoy esperando a Lyn. ¿Dónde está Patrick?

–Ha tenido que quedarse en la oficina, así que me he ofrecido para cuidar de los niños.

–¿Tú?

–Sí, yo. Así podré conocer mejor al tramposo de mi sobrino –rió Luke–. Y a mi preciosa sobrina.

–¿Ah, sí? Pues toma a tu preciosa sobrina –sonrió Della, poniéndola en sus brazos. Al hacerlo, sus manos se rozaron y ella se apartó, cortada.

–¿Cenamos juntos mañana?

–Pues…

Luke necesitaba hablar con alguien, seguro. Por eso quería cenar con ella. El pobre debía de estar pasándolo fatal.

–Nada de «pues» –la interrumpió él–. Cenamos juntos mañana. ¿Quieres que vaya a buscarte? Ahora tengo coche.

–¿El Saab que está fuera?

–Sí. ¿Te gusta? He decidido darme un capricho. Nunca he tenido un coche decente. Oye, podríamos cenar en tu casa. No te preocupes por la cena, la llevaré yo. Y el vino.

Della aún seguía asombrada por el coche. De modo que de verdad iba a quedarse en Adelaida.

–¿Perdona, qué?

–Que yo llevaré el vino y la comida. Te siguen gustando las hamburguesas, supongo.

–Pues sí.

–¿Lista? –la llamó Lyn desde la puerta.

–Llegaré a las ocho –dijo Luke.

–¿Dónde? ¿No pensaréis ir a algún sitio sin mí? –exclamó Lyn.

–Lynnie, tú te cargaste la pandilla al casarte con Patrick. Ahora tendrás que sufrir las consecuencias –replicó Luke.

Ella hizo un puchero.

–Bueno, tú cuida de mis hijos. Vamos, Della. Le he dado a los dos ciruelas para merendar, así que lo va a pasar de cine.

Della sonrió al ver la expresión horrorizara de Luke.

–No, es broma –murmuró Lyn mientras salían.

Mamma Marcella, su restaurante favorito, estaba más lleno que de costumbre, pero encontraron una mesa cerca de la cocina. A Della le gustaba el ambiente relajado de aquel sitio. Además, el propietario dejaba que se quedasen incluso cuando ya habían cerrado. Era el mejor sitio para charlar.

–Bueno, he sido una amiga muy paciente, pero ya no puedo esperar más. ¿Qué te dijo el medico? –preguntó Lyn.

Della tragó saliva. Sería mejor contarlo de un tirón. Así podría relajarse durante el resto de la cena.

¿Relajarse? Sí, seguro. Ella no conocía el significado de esa palabra.

–Es definitivo. Como sospechaba, no puedo tener hijos.

–Ay, Della, cómo lo siento. ¿Está seguro del todo? ¿No se puede hacer nada?

Ella negó con la cabeza.

–El doctor Morgan dice que los folículos ováricos no responden al tratamiento.

–Qué rabia. Y qué injusto –suspiró su amiga.

Della se encogió de hombros, intentando aparentar una serenidad que no sentía.

–Siempre supe que la quimioterapia podía provocar esto.

–Lo sé, pero hasta ahora había esperanzas. ¿Cómo estás?

–Pues… me siento… no sé, fracasada. Es como si me faltara algo, como si me hubieran cortado un brazo o una pierna.

–Oh, no, por favor –suspiró Lyn, apretando su mano.

–No sé por qué me siento así. No es que esté planeando casarme precisamente. No creo que lo haga nunca.

–No digas eso.

–¿Por qué no? Es verdad. Yo ya imaginaba que esto iba a pasar antes de acudir al doctor Morgan, pero no me sentía… como ahora.

–No deberías sentirte así. No hay ninguna razón para que no encuentres un hombre. No todos quieren tener hijos. Y me refiero a un hombre de verdad, no a esos idiotas con los que has estado saliendo hasta ahora.

–¿Idiotas? No eran todos idiotas.

Bueno, algunos sí. Pero en cuanto a los otros, no era culpa de nadie que no pudiese quererlos. Sencillamente, no podía.

–Es raro que no hayas encontrado a nadie hasta ahora. Bueno, yo me creí enamorada doce veces antes de conocer a Patrick, pero tú… nunca has considerado la posibilidad siquiera, ¿no? O si lo has hecho, no me lo has contado.

Della apartó la mirada. Sí había considerado la posibilidad, pero no quería estropear su amistad contándole a Lyn que estaba enamorada de su hermano. ¿Para que? Luke sólo la veía como una amiga y siempre la vería así. La prueba era que se había casado con Yvonne. Lo que no entendía era por qué seguía enamorada de él. A pesar del tiempo que había estado fuera de Australia, a pesar de su matrimonio.

–¿Tú crees que es por culpa de tus padres? –preguntó Lyn entonces.

–¿Mis padres?

–Quiero decir… ¿crees que la falta de afecto que sufriste durante tu infancia puede haber influido?

–No, no lo creo. Si encontrase al hombre adecuado, estoy segura de que podría amarlo.

–Bueno, pues yo estoy segura de que lo encontrarás –sonrió su amiga.

Della bajó la mirada.

–No lo sé. Cuando consiga el ascenso… si lo consigo, seré la socia más joven de la agencia y la única mujer. Quiero dedicarme a eso en cuerpo y alma. Así que no voy a echar de menos a ningún hombre.

–Ya. Piensas abrir camino para otras mujeres y todo eso. Pero en la vida hay cosas más importantes que el trabajo.

–A mí me gusta mi trabajo.

–Pues no sé por qué, siempre estás estresada.

–Porque es un reto.

–Desde luego. Aunque a veces me pregunto…

–¿Qué?

–¿Cómo puedes trabajar para gente como Tom Dermont?

–No todos mis clientes son como Tom.

–No, ya lo sé, pero no es el único. Supongo que tendrás que buscar alguna justificación…

–No creo que tenga que justificarme, Lyn –se defendió Della, molesta–. Yo no soy responsable por lo que hacen o dejan de hacer mis clientes. El mío es un trabajo como otro cualquiera.

–¿Y no crees que serías más feliz haciendo otra cosa?

–No.

–Sí, bueno, en realidad no era eso a lo que me refería –suspiró

Lyn, haciendo un gesto con la mano–. Lo que pretendía decir es que no quiero que te centres sólo en el trabajo y acabes sola.

–No estaré sola. Te tengo a ti, tengo a Patrick, a tus padres, a tus hermanas…

–Y a Luke.

–Y a… Luke, sí –Della apartó la mirada–. Así que nunca estaré sola. Pero tengo que aceptar que no voy a tener hijos. Me habría gustado tanto… tener un hijo algún día.

–Claro que sí. Y habrías sido una madre maravillosa.

–No se lo cuentes a nadie, Lyn. Ni siquiera a tu madre. Se lo contaré algún día, pero no ahora.

–Mi madre también se llevará un disgusto.

–Ya lo sé, ése es el problema. Bueno, vamos a hablar de otra cosa –intentó sonreír Della.

–Sí, tienes razón. Oye, ¿qué opinas de la vuelta de mi hermano?

–Pues… me resulta increíble. No lo imagino viviendo una vida aburrida en Adelaida. No sé, quizá sólo ha vuelto para estar con su familia ahora que ha roto con Yvonne.

–Es posible, pero no quiere ni hablar del tema. Y yo creo que debería hacerlo.

–A lo mejor no quiere hablar contigo porque tú estás felizmente casada.

–Ah, no lo había pensado –murmuró Lyn–. Puede que tengas razón. ¿Por qué no hablas tú con él?

–Supongo que eso es lo que quiere. Vamos a cenar juntos mañana.

–Pues intenta sacarle algo. Aunque podríamos equivocarnos. Quizá haya vuelto porque está harto de tantas miserias. A lo mejor quiere vivir como una persona normal.

–Podría ser.

–Pero estamos hablando de Luke –suspiró Lyn–. Y mi hermano no es de los que sientan la cabeza.

Della entró en su casa al día siguiente murmurando maldiciones. La reunión había terminado más tarde de lo previsto y no tendría tiempo para nada. Corriendo, subió a su dormitorio y se quitó la ropa para meterse en la ducha. Para cuando sonó el timbre, sólo había tenido tiempo de ponerse unos vaqueros y una camiseta blanca.

Iba pasándose las manos por el pelo para ordenarlo un poco mientras bajaba la escalera, pero cuando abrió la puerta se quedó de piedra al ver a Luke. En vaqueros y con una camiseta negra parecía tan joven… Era su fantasía hecha realidad. El hombre que

había aparecido en sus sueños noche tras noche, año tras año.

–Hola.

–Hola –sonrió él, mostrándole una bolsa que llevaba en la mano–. He traído hamburguesas y vino tinto. ¿Debería haber traído vino blanco también?

–No, me gusta el vino tinto. Pasa.

–Bonito sitio.

–Gracias.

–No, de verdad, me gusta mucho tu casa. Es muy antigua, ¿no?

Della entró en la cocina y abrió un cajón para buscar el sacacorchos.

–La construyeron en el siglo XIX, como todas las demás en esta zona, para atraer a los residentes ricos de Adelaida hacia la playa. Cada casa fue alquilada, con muebles, por la enorme suma de cinco libras a la semana.

–¿En serio?

–Como te lo digo.

–¿Dónde tienes las copas?

Della las sacó del armario.

–Hay ocho en total. ¿Te puedes creer que son las únicas casas victorianas que hay frente a la playa en todo Australia?

–No tenía ni idea –contestó Luke, poniendo cara de enorme sorpresa.

–Ríete, pero a mí me parece muy interesante.

–No me estoy riendo. Me encantan esas historias. ¿Tienes algún dato más?

–Pues… antes estaban conectadas con la playa a través de unos escalones de madera para que las señoras pudieran bajar sin mancharse las faldas.

–Ah, qué interesante.

Della le dio un golpe en el brazo y se sentó en un taburete, un poco más relajada.

Luke se sentó en un taburete a su lado. El instinto le había dicho que se relajaría si le preguntaba por su casa. Parecía tensa cuando estaba con él, y eso no le gustaba nada. Ellos nunca habían estado tensos.

Quizá era por el tiempo que había pasado fuera, pensó, sacando las hamburguesas de la bolsa.

Parecía más joven aquella noche. Menos sofisticada, pero no menos guapa. Sin maquillaje, su rostro oval parecía ligeramente bronceado y sus ojos oscuros seguían siendo preciosos, con unas pestañas larguísimas.

Podría parecer una adolescente con los vaqueros, el pelo mojado, sin sujetador…

Luke apartó la mirada. Della le había gustado desde que eran adolescentes, pero sabía que si intentaba algo, arruinaría su amistad, y no quería hacer eso. Della no era de las que se toman las relaciones sexuales en broma, de modo que tendría que buscar en otro sitio para divertirse y mantener su relación con ella estrictamente platónica. Y Lyn le mataría si se pasara de la raya. Además, después de Yvonne sabía que no podía tener una relación con una mujer basada en la amistad y el sexo. O lo uno o lo otro. Nunca las dos cosas.

Pero no quería pensar en Yvonne. Había quedado con Della para recordar el pasado, los buenos tiempos.

–Pues estas casas ahora deben de valer una fortuna. ¿Cómo la conseguiste? ¿Heredaste dinero?

–No, no he heredado dinero –contestó ella, apartando la mirada–. Es que soy muy ahorradora.

Luke notó que se había puesto a la defensiva y arrugó el ceño. Podría darse de tortas por ser tan insensible. Los padres de Della no tenían un céntimo. Aún recordaba lo asombrada que se quedó la primera vez que fue a su casa. Della había decidido entonces que algún día tendría una casa tan bonita como ellos, y lo había conseguido.

Él nunca había estado en el interior de su casa, pero el exterior le había dado una idea de lo que podía ser, prácticamente una chabola. Lyn había entrado una vez y salió descompuesta.

En realidad, debería darle las gracias a Della por abrirle los ojos, por mostrarle que también en Adelaida había gente desfavorecida. Y por mostrarle el orgullo que una persona en su posición podía tener a pesar de todo. Della se negaba a dejar que le pagaran el cine o que le comprasen helados que ella no podía pagar. Y cuando su madre le ofrecía ropa que su hermana ya no se ponía, Della no la aceptaba. Dawn y Lyn habían tenido que hacer uso de todo su ingenio para darle cosas sin ofenderla. Y, precisamente por eso, él había aprendido lecciones que le habían servido en la vida, en otras circunstancias.

–Veo que te va muy bien –sonrió, mirando alrededor.

–La verdad es que no me salió tan cara como esperaba. La compré hace casi cuatro años y tuve que hacer muchas reformas… pero desde entonces la gente se ha espabilado. Ahora sí que valen una fortuna.

–¿La habías comprado ya la última vez que vine de visita? No me dijiste nada.

–Porque en ese viaje estabas muy ocupado.

Luke hizo una mueca.

–¿Hiciste tú misma las reformas?

–Sí, y yo creo que ha quedado muy bien. Hay cosas que no he querido tocar… los suelos de madera, por ejemplo. O la chimenea, los balcones de hierro forjado.

–Has hecho un trabajo estupendo.

–Gracias.

Era una casa mucho más bonita que la que había compartido con su ex mujer. Yvonne no era muy hogareña.

Luke tomó su copa y se acercó a uno de los balcones.

–No mires el jardín. Aún no he tenido tiempo de arreglarlo.

–¿No has tenido tiempo?

–Bueno, ni tiempo ni dinero. No te imaginas lo que cuesta un buen jardinero. Cuando… bueno, si consigo el ascenso, podré hacerlo. El jardín es lo siguiente en mi lista de prioridades.

–Ya veo –murmuró Luke–. Oye, por cierto, me enteré de la muerte de tus padres. Iba a enviarte flores o una carta, pero no me pareció apropiado.

–No importa.

–Espero que sepas que pensé en ti.

–La ironía es que después de años deseando que estuvieran muertos, por fin los había perdonado. Intenté portarme bien con ellos pagándoles unas vacaciones en Melbourne y, al final, los envié a la muerte.

–No digas eso, Della. Suena muy dramático. Fue un accidente, ¿no?

–Sí, claro, pero es cierto de todas formas. Nunca habían subido en un avión e insistieron en ir conduciendo y… en fin.

–Tuvieron un accidente en la autopista.

–Sí.

–Supongo que no te culparás a ti misma.

–La verdad es que seguirían vivos si yo no me hubiera empeñado en demostrarles que ganaba dinero… En fin, no sé…

–Ven a sentarte, Flaca –la interrumpió Luke.

–Espera, voy a hacer café.

–Déjalo y ven a sentarte un rato. Tómate el vino.

–Mira que eres mandón.

–Sí, bueno, es que quiero relajarme un rato. Y quiero que tú te relajes. Hace mucho tiempo que no hablo con nadie. Hablar de verdad, quiero decir.

–Siempre puedes hablar conmigo –murmuró Della, pensando que quería hablarle de su ex mujer.

–Para eso estoy aquí.

–Luke… ¿lo has pasado muy mal?

–¿Qué?
–Me refiero al divorcio… a tu relación con Yvonne.
Luke tomó un sorbo de vino.
–No quiero hablar de ese asunto.
–Pero… ¿no es por eso por lo que estás aquí?
–¿Qué? No, todo lo contrario.
–Pues yo creo que deberías hablar de ello.
–Flaca, que no eres mi madre. He venido aquí porque me gusta estar contigo. Antes hablábamos durante horas de cualquier cosa, ¿te acuerdas? Nos dedicábamos a arreglar el mundo.
–Me acuerdo muy bien.
Luke la miró mientras tomaba un sorbo de vino. Recordaba las horas pasadas en su compañía como algunas de las más felices de su vida. Y quería encontrar esa alegría, ese compañerismo otra vez. Quería volver al pasado… pero habían pasado tantas cosas desde entonces.
–¿De qué quieres hablar entonces?
–No lo sé. De nada en particular. Pero tengo que comprar una casa y tú pareces una experta. ¿En qué zona de Adelaida debería comprarla?
–No soy una experta para nada, pero lo que te puedo aconsejar es que no compres una casa que necesite reformas… a menos que estés preparado para pasarte años rodeado de andamios y escombros.
–Pero al final acabas teniendo algo sólido, algo concreto.
–¿Tú reformando una casa? No te veo –sonrió Della.
–¿Por qué no?
–Tu siempre has querido arreglar el mundo, no encalar paredes. Hay una gran diferencia.
–Cierto –Luke movió el vino en su copa–. Pero a lo mejor me he cansado de intentar arreglar lo imposible.
Della lo estudió un momento, pensativa. Aparentemente, la vida que había llevado se había cobrado un precio. Pensó entonces en algunos de los reportajes que Luke había hecho. ¿Cómo no iba a pesarle haber visto tantas desgracias?
–Cuéntamelo –dijo en voz baja.
–No, déjalo.
–A lo mejor, si me lo cuentas, te será más fácil lidiar con ello.
–He estado hablando durante años. Hablaba y hablaba y no cambiaba nada. Nunca cambiará nada.
–Siempre me he preguntado por qué dejaste de ser periodista, pero no quería hablar de eso por correo electrónico. ¿Al final fue demasiado para ti?
Luke se encogió de hombros.

–Parece que nos hemos bebido todo el vino. ¿Tienes más o quieres que vaya a comprar otra botella?

–Tengo una en la nevera. Aunque es vino rosado.

–Muy bien.

Della vaciló. Nunca lo había visto tan triste. Y si estaba buscando una salida a su angustia, el alcohol no era la mejor solución.

–No me mires así, Flaca. No soy un alcohólico… –Luke hizo una mueca–. Perdona, lo siento.

Lyn y él eran las únicas personas que conocían el problema de su madre. Della solía tener miedo de haber heredado esa adicción, pero por el momento nunca había sentido la necesidad de usar el alcohol como vía de escape. Claro que si ella tuviera que soportar un matrimonio sin amor, sin dinero, sin ilusión… ¿quién sabía lo que podía pasar? ¿Se convertiría también ella en una mujer vacía, amargada?

–No pasa nada.

–Olvídate del vino –dijo Luke entonces–. Vamos a tomar ese café.

Della se levantó del taburete, suspirando.

–No me gusta verte así.

–Entonces, deja de intentar que «hable». No necesito hablar. Lo que necesito es olvidar –suspiró Luke–. Y tú puedes ayudarme a hacer eso.

–¿Cómo?

–Siendo la misma de siempre.

–¿Quieres tomarme el pelo como hacías antes?

–Eso es. Tienes que ser la de siempre, Della; mi amiga, la chica con la que podía hablar… o no hacerlo.

Ella asintió con la cabeza. Si podía solucionar las crisis de Tom Dermont, también podía hacer lo mismo por Luke.

Capítulo 4

Después de hablar durante horas sobre todo tipo de tema: política, actualidad, reformas, viajes y demás, Luke se despidió. Condujo durante un kilómetro bordeando la playa y luego decidió detenerse un momento. El único tema que no habían tocado era el tema del que Della quería hablar.

Suspirando, salió del coche y se apoyó en él, mirando el mar. Aparte de la música que llegaba de una casa cercana, sólo podía oír el ruido de las olas.

Si hablase con alguien de Yvonne, sería con Della. Pero aún no. No estaba preparado para hablar de sus emociones. Ni siquiera con ella.

Luke respiró profundamente el aire fresco mientras metía las manos en los bolsillos del pantalón.

Le gustaba estar de vuelta en casa, pero no sabía si había hecho lo correcto. De hecho, estaba casi seguro de que debería volver a India. Allí le necesitaban de verdad. Los niños del orfanato se alegrarían de verlo.

Aún había tiempo porque no había firmado el nuevo contrato. Y podía ayudarlos a encontrar a otra persona. Podía volver a India.

Había solicitado el puesto cuando pensaba que su matrimonio aún podía tener arreglo. Pero Yvonne no era la mujer que él creía que era. Lo había defraudado en todos los sentidos, y sus planes ya no le parecían interesantes.

Sin embargo, algo le había dicho que era hora de volver a casa. Algo lo había llevado de vuelta a Adelaida.

Entonces pensó en Della. Se había alegrado mucho de volver a verla. Siempre había sido una buena amiga. Su mejor amiga. Hasta ahora no se había dado cuenta de cómo echaba de menos su serena presencia. Cuando era más joven siempre estaba yendo de acá para allá, siempre haciendo algo, siempre buscando nuevas emociones. A menos que estuviera con Della. Entonces se sentía feliz sencillamente estando con ella. De alguna forma, ella lograba calmarlo, hacer que se sintiera cómodo.

Luke se quedó mirando el mar un rato más, recordando. La vida no había sido fácil para ella, y esperaba que su familia la hubiera compensado de alguna forma. Qué ironía que hubiese terminado siendo una profesional de la manipulación después de las mentiras y el maltrato que había soportado con su familia.

Luke se pasó una mano por el pelo. No había sido un buen amigo para ella en los últimos años. Estaba demasiado centrado en su propia vida, en sus problemas, como para prestarle atención a la clase de trabajo en la que Della se había metido para ganar el dinero que tanto había deseado siempre.

No era tan engreído como para pensar que ella lo había echado de menos, pero Della había estado a su lado cuando la necesitaba y había vuelto a hacerlo aquella noche, sin una palabra de queja.

Y se merecía algo más. Merecía que le demostrase cuánto le importaba su amistad. Mientras estuviera allí, mientras intentaba decidir si volvía a India o no, la compensaría por haber sido un amigo tan descuidado.

Della estaba repasando las notas de los periodistas que Bonnie había dejado sobre su mesa. Ahora que la crisis en Dermont había empeorado, algunos de los mensajes eran de medios nacionales y tendría que responder rápidamente. Estaba a punto de hacer una llamada cuando Bonnie entró en su despacho con el ramo de flores más grande que había visto nunca.

–¿Qué pasa, tienes alergia? –le preguntó.

–¿Alergia a qué?

–A las flores. ¿Por qué las traes aquí?

–Porque son para ti –contestó Bonnie.

–¿Las flores de recepción son para mí?

–No son las flores de recepción, son para ti. Te las ha enviado alguien –rió la joven, señalando una tarjeta–. Toma.

Della miró el sobrecito blanco. ¿Serían de Tom Dermont, para darle las gracias por su trabajo? Un poco pronto para dar las gracias, pensó. Pero cuando abrió el sobre tuvo que leer la nota tres veces.

Luke. Una disculpa. Como si necesitara disculparse por algo.

Y no era sólo un ramo de flores, era una floristería.

–Un amigo –le dijo a Bonnie, que seguía esperando en la puerta.

–¿De verdad? Yo esperaba que fuese un admirador secreto.

Cuando la recepcionista desapareció, Della volvió a leer la tarjeta.

Luke quería invitarla a cenar esa noche como compensación por haber estado fuera tanto tiempo y no haberse preocupado por su vida.

Desde luego, sería un marido perfecto…

Della arrugó el ceño. Aunque no le gustaba pensarlo, seguramente habría sido un marido fantástico para Yvonne, pero su matrimonio se había roto. ¿Por qué?

A pesar de sus intentos, Luke no había querido contarle nada la noche anterior. Habían hablado, desde luego. Y había sido estupendo, como en los viejos tiempos. Aunque antes no tenía aquella expresión triste en los ojos.

Della se mordió los labios. Algo le pasaba. Ella le conocía mejor que nadie y estaba segura de que no le había contado toda la verdad. Pero también sabía que, aunque hubiera insistido toda la noche, él no habría dicho nada.

Debía tener paciencia, ya se lo contaría cuando quisiera hacerlo. Y ella estaría allí en ese momento. Cuando la necesitase.

No sería fácil, desde luego. No había sido fácil conocer a la guapísima Yvonne y fingir felicidad por su próxima boda. No había sido fácil verles sonreír, darse la mano, tocarse a la menor oportunidad.

¿Y si habían discutido sobre tener hijos? O peor, ¿y si Luke había dejado a Yvonne porque no podía tener hijos?

La ironía de ser su confidente en esas circunstancias era demasiado cruel. Pero estaba adelantando acontecimientos. No tenía sentido preocuparse por algo que podría no ocurrir nunca.

Esa noche, sin saber qué ponerse porque no sabía dónde iban a cenar, Della optó por un sencillo vestido de color coral, sin mangas, por encima de la rodilla. Luego se maquilló cuidadosamente y se adornó con unos pendientes largos.

El timbre sonó cuando estaba poniéndose las sandalias y, tomando el bolso a toda prisa, Della bajó las escaleras.

Se le aceleró el corazón al ver a Luke en la puerta, con un traje de chaqueta.

Y una camisa blanca.

Y corbata.

Estaba más guapo cada día.

–¡Vaya!

–Eso digo yo. Estás guapísima.

–Gracias. Pero ¿voy bien? No sabía qué ponerme.

–Estás perfecta. ¿Nos vamos? –sonrió Luke.

No eran más que dos amigos que salían a cenar, nada más. No tenía por qué estar nerviosa. Mientras iban al restaurante, Luke le habló sobre algunos de los sitios que había visitado cuando era reportero. Y le describió algunas atrocidades que la horrorizaron. Pero también le contó historias divertidas.

–Me gusta oírte reír, Flaca. Tú siempre has sido un público estupendo.

–¿Ah, sí?

–A ti nunca tengo que explicarte los chistes. Los entiendes a la primera.

–Y Lyn también.

–Ya, pero ella es mi hermana. Después de soltar una carcajada, siempre me dice que soy idiota.

–Bueno…

–No, por favor, deja que me haga la ilusión de que no estás de acuerdo con ella por una vez.

Poco después llegaron a un restaurante en el centro de la ciudad, ni muy elegante ni muy informal. El sitio perfecto.

–¿De verdad crees que podrás sentar la cabeza de una vez? –le preguntó Della mientras tomaban una copa de vino.

–Pensé que podría, pero…

–Pero echas de menos la emoción de los viajes, ¿verdad?

–No, qué va. No es eso.

–¿Entonces?

–Echo de menos a los niños.

–¿Los del orfanato?

–A todos, sí. Especialmente a una de las niñas. Era como mi sombra, se llama Sharma.

Della asintió con la cabeza. Cada hora que pasaba con él se sentía más enamorada. ¿Cómo iba a soportarlo si decidía volver a India?

Pero tendría que hacerlo, se dijo. ¿Qué podía hacer ella, convencerlo para que se quedara?

–¿Cuándo vas a tomar una decisión definitiva?

–Pronto. Tiene que ser pronto.

–Luke, cuéntame cómo acabaste trabajando en un orfanato. Un día estabas viajando de un sitio a otro como reportero y, de repente, acabas en India dirigiendo un orfanato. ¿Cómo pasó?

–Fui a Bhopal para cubrir una historia. Ya sabes, esa ciudad en la que miles de niños nacieron con deformaciones debido a los gases tóxicos de una fábrica.

–Sí, me acuerdo.

–Han pasado veinte años y sigue habiendo miles de personas que sufren…

–Sí, lo de Bhopal fue un desastre. Y los responsables no se molestaron en dar explicaciones.

–La extensión del desastre es increíble.

–Pero fue hace veinte años… algo tiene que haber cambiado, ¿no?

–No, qué va. Sigue habiendo miles de personas afectadas, eso es lo que la gente no sabe. Los niños que se quedaron huérfanos fueron llevados a un orfanato a ocho kilómetros de la ciudad, así que fui

allí para hacer un reportaje… Era la primera vez que veía un orfanato de ese tipo y me pasaba el día jugando con los críos. No sabes lo que me costó marcharme. Me habría quedado de haber podido, pero tenía que hacer otro reportaje. Cubrir otra tragedia.

–¿Pero volviste al orfanato?

–Descubrí que esa organización tenía orfanatos por todo Asia y empecé a visitar todos los que me pillaban a mano. Eso me abrió los ojos a la realidad. El problema es enorme, Della. Hay millones de niños huérfanos por todo Asia. ¿Te puedes creer que cada día recogen más de cien niños huérfanos sólo en la estación de Calcuta?

–¿Cada día? ¿Y dónde los llevan?

–A los orfanatos que hay alrededor de la ciudad. El nuestro está a las afueras de Calcuta.

–Qué horror, Dios mío.

–El problema es que hay muchos periodistas como yo contando estas historias, pero no sirve de nada.

–Claro que sirve. Hay muchas organizaciones que aportan dinero. Más que nunca. La gente sabe que debe ayudar a los que no tienen nada… y los gobiernos también.

Luke dejó escapar un suspiro.

–En fin, te estoy dando la noche, ¿no? Perdona, no quería contar tragedias. ¿Por qué no me dices qué planes tienes para el jardín?

–¿Qué jardín?

–El tuyo. Dijiste que era lo primero en tu lista de prioridades.

Della arrugó el ceño.

–No tienes que cambiar de tema, bobo. No me estás dando la noche. Y aunque fuera así, me parece muy lógico.

–Bueno, ¿vas a diseñar tú misma el jardín o vas a contratar a un profesional?

–Me parece que no necesito a un profesional, tengo muy claro lo que quiero.

–Cuéntamelo.

–Huy, vas a lamentarlo –rió Della antes de describirle, al detalle, lo que quería hacer. Con un poco de suerte no tendría que esperar mucho. En un mes se reuniría el consejo de administración de la agencia para decidir quién sería el nuevo socio. Con un poco de suerte, la nueva socia.

La agencia estaba a punto de fusionarse con otra y eso incrementaría el potencial de clientes. Además, como socia… si conseguía el ascenso, eso significaría para Della seguridad económica de por vida.

–Debo de haberte aburrido de muerte –le dijo después.

–No, suena muy bien.

–No tienes que fingir que estás interesado.

Luke sonrió.

–¿Qué planes tienes para el fin de semana?

–No tengo ningún plan, tengo que trabajar.

–¿Otra vez?

Della rió.

–Sí, quéjate. Tú eres de los que trabajan de nueve a cinco, ¿no?

–Pero tienes que relajarte alguna vez, mujer. Pasarlo bien. Eso también es importante.

–No te preocupes por mí, estoy perfectamente. Además, pienso trabajar desde casa.

El sábado, Della estaba trabajando cuando sonó el timbre. Sin las distracciones de la oficina, llamadas de teléfono, reuniones, colegas haciendo consultas, casi había terminado el informe que debía entregar el lunes para un cliente.

Pero cuando abrió la puerta se encontró con Luke.

–¿Qué haces aquí?

–Es la hora de comer –contestó él, mostrándole una bolsa del supermercado.

–¿Ya?

–Ya. Estoy seguro de que no te habías dado ni cuenta.

–Pues no…

–¿No te dije que deberías descansar?

Della levantó los ojos al cielo.

–Qué pesadito.

–Venga, vamos a comer en la playa.

–Pero…

–¿Vives enfrente de la playa y no bajas nunca?

–Sí, claro que bajo. A veces. Ocasionalmente –Della dejó escapar un suspiro–. Bueno, ya voy.

–Date prisa.

Estuvieron paseando un buen rato, y le encantó la sensación de la arena bajo sus pies. Hacía tanto tiempo que no bajaba a dar un paseo… Luke tenía razón. Estaban en primavera y era estupendo sentir la brisa del mar en la cara.

Luke miró a Della. Parecía cansada.

–¿Trabajas todos los fines de semana?

–La mayoría –contestó ella, dejándose caer sobre la arena.

Luke se fijó entonces en sus piernas. Nunca antes se había fijado. ¿Cómo no se había fijado? Tenía unas piernas preciosas, largas y morenas…

Enseguida sacudió la cabeza. ¿Por qué se fijaba ahora? Un hombre adulto debería controlarse mejor.

Claro que Della también era una mujer adulta. Ya no era la niña a la que siempre había querido proteger.

–¿Un bocadillo?

–Sí, gracias. ¿Has traído algo de beber? Estoy muerta de sed después del paseo.

–Agua mineral –contestó él–. Bueno, cuéntame qué es lo que tanto te gusta de tu trabajo, Flaca.

–Todo –respondió ella–. La satisfacción de hacerlo bien…

–Pero podrías decir eso de cualquier trabajo.

–Me gustan los retos que se plantean cada día. Encontrar una solución para cada situación, hacer un programa específico para cada empresa, conocer a los clientes y conseguir que su mensaje llegue al público de la mejor manera posible…

–¿Y tus clientes?

–¿Qué pasa con mis clientes?

–¿Te gustan?

–La mayoría, sí. Y si no me gustan, intento disimular –sonrió Della–. La vida profesional es dura, pero hay que acostumbrarse a todo. Además, no se puede juzgar a la gente a la ligera. Todo el mundo tiene que hacer algo para ganarse la vida.

Luke asintió con la cabeza. Era muy comprensiva. Al contrario que Yvonne. La recordó entonces echándole una bronca a una niña que le había tirado leche en sus zapatos nuevos. Debería haber sabido entonces que su matrimonio no iba a funcionar, pero… el amor era así. Te hacía incapaz de reaccionar, de ver las cosas con claridad.

–Por cierto, hueles muy bien.

–Pues no llevo perfume. Debe de ser el gel de baño. Es de lavanda.

–Sí, debe de ser eso –murmuró Luke.

–¿Qué más has traído para comer? Estoy muerta de hambre.

–Fruta y pastel de manzana. Elige.

–Las dos cosas. Primero el pastel y luego la fruta –sonrió ella.

Esa sonrisa tan familiar hizo que Luke sintiera un calorcito por dentro. Una sensación envolvente que borró a Yvonne de su cabeza por completo.

–Bueno, gracias por el almuerzo –sonrió Della en la puerta de su casa–. Pero tengo que seguir trabajando…

–O sea, que no me invitas a un café. Lo entiendo. Pero ¿qué tal esta noche? Podríamos salir a cenar.

–¿Otra vez?

–¿Es que no cenas todas las noches?

–Pues sí. Pero no puedo salir esta noche, tengo otros planes.

–¿Y no puedes cambiar de planes? –sonrió Luke, alargando la mano para apartar unos granitos de arena de su pelo.

–Voy a casa de Lyn –murmuró Della, tragando saliva.

–Ah, entonces nos vemos allí.

Luke se alejó hacia su coche, pero se detuvo un momento para decirle adiós con la mano.

Della le devolvió el saludo antes de entrar en casa. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto de un almuerzo. Y esperaba verlo en casa de Lyn esa noche. Porque ya lo echaba de menos.

Capítulo 5

Los planes de Della y Lyn el sábado por la noche consistían en elegir entre un millón de muestras de pintura y una docena de telas. Sentada en el salón, Della dejaba que Jamie la usara como montaña para trepar con sus cochecitos mientras separaba las muestras por grupos.

–¿Qué tal este conjunto?

Lyn levantó la tela para verla mejor.

–No me gusta mucho el color… –murmuró. Entonces sonó el timbre–. Porras, así no vamos a terminar nunca.

–Seguro que es Luke. Me dijo que se pasaría por aquí.

–Ah, entonces no importa –suspiró su amiga.

Irritada por la emoción que le producía verlo, Della se distrajo haciéndole cosquillas a Jamie. Riendo, el niño intentaba apartarse, pero ella lo atrapó. Estaban tirados en el suelo, muertos de risa, cuando Luke entró en la habitación.

–Cuidado –le advirtió Lyn–. Están jugando a las carreras de coches.

–¿No estás satisfecha con el Mercedes?

Della levantó la mirada. Luke estaba apoyado en el quicio de la puerta, con una sonrisa en los labios.

–¿Qué?

–¿También le quieres robar los coches a mi sobrino?

–Idiota.

–Luke, haz algo, sujeta esto… –dijo Lyn entonces–. No, mejor llévate a Jamie al salón y juega con él. Della y yo estamos muy ocupadas.

Casi una hora después, Lyn había elegido por fin la pintura y las telas para las habitaciones de los niños, y Della entró en el salón. Luke estaba sentado en el sofá, con Cassie dormida sobre sus rodillas y Jamie a su lado, viendo dibujos animados.

Su corazón se encogió al verlo.

–Ojalá hubiéramos tenido tantos canales cuando éramos pequeños.

–Venga ya. Tú nunca tenías tiempo para ver la televisión. En realidad, nunca estabas sentado más de media hora. Por eso no puedo creer que vayas a quedarte definitivamente en Adelaida.

–Todo el mundo tiene que sentar la cabeza alguna vez, ¿no? Y puede que ahora sea mi turno.

–¿Puede? Entonces, ¿no estás decidido del todo?

–No. Puede que vuelva a India.

–A mamá le dará un ataque –suspiró Lyn–. No deberías haberle dicho que pensabas quedarte.

–Sí, tienes razón. No debería.

–¿Se puede saber qué te pasa? Cuéntanoslo.

–Déjame, Lynnie. Las mujeres hablan cuando tienen problemas, los hombres no. Por cierto, he traído vino. Está en la nevera.

–Voy a buscarlo. Siéntate, Della.

–No, voy a ayudarte en la cocina.

–¡Siéntate!

–Qué mujer más mandona –murmuró Della.

–Tienes que aprender a relajarte –la regañó su amiga.

–Yo sé relajarme, como todo el mundo.

–Sí, seguro.

Cuando Lyn salió del salón, Della se volvió hacia Luke.

–Tiene razón. Dawn se llevará un disgusto si te marchas otra vez.

–Lo sé, pero es que aún no he decidido nada.

Lyn entró poco después con una bandeja en la que había tres copas de vino y un platito de almendras.

–Della, ¿has elegido ya el vestido para el sábado?

–Pues no, no he tenido tiempo.

–Tendrás que encontrarlo si quieres conseguir el ascenso.

–¿De qué estáis hablando? –preguntó Luke.

–Es una fiesta que da mi agencia. No pensarás darme consejos sobre cómo elegir un vestido, ¿verdad? –rió Della, irónica.

–Podría ir contigo a comprarlo. ¿Para qué están los amigos?

–De eso nada. Te conozco y me aconsejarías que comprase el que me quedara peor.

–A ti todo te queda bien.

–¿Y con quién vas a ir, por cierto? –preguntó Lyn–. Tienes que ir con un hombre impresionante.

–Había pensado pedírselo a Michael –contestó Della.

–Podría ir yo –intervino Luke–. El sábado no tengo nada que hacer. ¿Y quién es ese Michael, por cierto?

–El dentista de Della –rió Lyn–. Es una historia tan romántica… Le pidió que saliera con él mientras le empastaba una muela.

–¿Sales con él?

–No, no salgo con él. Y tú cállate, tonta.

Lyn soltó una carcajada.

–Lo siento, pero es que es tan raro.

–No es raro. Es que… le gustan los dientes.

Luke levantó una ceja.

–¿Le gustan los dientes?

–Es dentista, ¿cómo no le van a gustar?

–De verdad, Della, no sé por qué siempre atraes a esos tipos tan raros –sonrió Lyn.

–¿Sales con muchos tipos raros?

–Como dice tu hermana, parece que tengo un imán –suspiró Della.

–Bueno, pues entonces yo iré contigo a esa fiesta. ¿O no soy suficientemente impresionante?

–No, bueno, eres presentable. ¿Seguro que no te importa?

–Claro que no –contestó Luke, mirando el reloj–. Bueno, tengo que irme. He quedado para tomar una copa.

–¿Con quién? –preguntó su hermana.

–Con nadie que tú conozcas. Es por un trabajo. ¿Qué tengo que ponerme el sábado, por cierto?

–Un traje de chaqueta oscuro.

–Muy bien. ¿A qué hora voy a buscarte?

–A las siete.

–Y no tienes por qué decirle a nadie que Luke es un amigo de toda la vida –intervino Lyn–. La verdad es que podría ser tu novio: es alto, limpio y nada feo.

–Gracias –dijo él, irónico.

El miércoles, después de trabajar, Della encontró a Luke en la puerta de su casa.

–¿Qué haces aquí?

–He venido para que me enseñes el vestido que vas a ponerte el sábado.

–Pues no has tenido suerte. La modista le está subiendo el dobladillo. Las desventajas de ser tan bajita.

–Bueno, pues entonces podríamos ir a dar un paseo por la playa.

Della miró su maletín y su ordenador portátil y luego miró a Luke. Iba a tener que decirle que sí, y eso significaba que tendría que trabajar hasta las tantas. Otra vez.

–Luke Brayford, me vas a destrozar la vida. Como siempre.

–¿Yo? Pero si yo era el único que conseguía que dejases de estudiar un rato. Soy bueno para ti, Della.

Ella abrió la puerta.

–Sí, seguro. Espera, voy a cambiarme.

–Muy bien.

Mientras subía a su habitación, oyó a Luke moverse por la cocina. A pesar de la interrupción, no podía negar el cosquilleo de emoción que sentía al verlo. Además, se había prometido a sí misma

que estaría allí para él cuando quisiera hablar, y eso era lo que estaba haciendo. O eso se decía a sí misma.

Se puso unos pantalones pirata con una camiseta de rayas blancas y azules y luego, tras un segundo de vacilación, sacó del armario una cazadora vaquera, la misma que llevaba Luke. Lyn también tenía una, pero ahora le quedaba pequeña.

Mientras se la ponía, se sintió abrumada por los recuerdos. El día que fueron los tres a comprarlas, el día que Luke la llevó en brazos después de caerse en la pista de hielo… si hubiera sido un poco lista, se habría roto algo más sexy que el coxis.

Luke la recibió con una sonrisa.

–Ah, veo que tú también conservas la tuya.

–Pues sí. ¿Nos vamos?

–¿Recuerdas cuándo las compramos?

–¿Cómo se me va a olvidar el dolor?

Luke le miró descaradamente el trasero.

–Pues parece que te has recuperado. ¿Nos vamos a la playa?

–Hay un café estupendo cerca de aquí. Así podremos cenar mirando el mar.

–Muy bien.

Una vez sentados, Della miró a Luke muy seria.

–¿Has venido esta noche por alguna razón especial? ¿Tienes alguna noticia?

–¿Una noticia? ¿Te refieres a si voy a irme o a quedarme? Pues no, eso sigue en el aire. Pero quería disculparme contigo.

–¿Conmigo, por qué?

–La otra noche, cuando vine a hablar contigo… me mostré un poco brusco. Ni siquiera te di las gracias.

–¿De qué estas hablando?

–Sé que no he sido un buen amigo durante estos años, Della. Hablamos por teléfono de vez en cuando, nos enviamos correos electrónicos, pero poco más. No te merezco.

–No digas bobadas.

–No, es verdad. Y quiero que sepas que te aprecio mucho. Siempre ha sido así. Durante estos años, tus correos eran muy importantes para mí. Cada vez que recibía uno, era como estar en casa.

–Oh, Luke, ¿tan mal lo has pasado?

–Sí, bueno –él hizo un gesto con la mano–. Me devolvían a la normalidad. Me ayudaban a recordar lo que podía ser la vida… porque a veces me parecía que en el mundo sólo había sufrimiento.

–Siento mucho que lo pasaras mal, de verdad. ¿Por qué seguiste haciéndolo durante tanto tiempo? ¿Por qué no volviste antes a casa?

Luke se encogió de hombros.

–No lo sé. Tardé mucho en darme cuenta de que no podía solucionar nada. Mi trabajo era insignificante…

–Eso no es verdad. Has ganado premios con tus reportajes. La gente te escuchaba…

–Sí, ya. Pero una vez terminado un reportaje pasaba a otro e intentaba olvidarme del primero. Sin embargo, están todos ahí, en mi memoria. Y ya sabes cómo son los recuerdos. Aparecen en los momentos más inapropiados.

–Eso debe de ser horrible.

–Lo es. No te puedes imaginar cuánto. Es por los niños… cuando hay una guerra o una catástrofe, ellos son los que más sufren. Y siguen sufriendo sin sus padres, sin nadie que los consuele –Luke se detuvo abruptamente y tomó su mano–. En fin, sólo quería decirte que te agradezco mucho que hayas estado siempre ahí. Y me alegro de que estés aquí ahora.

Della tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas.

–Si quieres seguir contándome cosas…

–Tú serás la primera en saberlo, no te preocupes. Me gusta estar contigo porque no me siento presionado, Flaca.

–A mí también me gusta –sonrió ella.

Pero después tuvo que apartar la mirada.

El sábado por la noche, Luke golpeaba el volante con los dedos mientras intentaba ordenar sus pensamientos. Había llegado temprano y tenía algún tiempo para pensar. El problema era que, últimamente, sus pensamientos eran de lo más inapropiado. Sobre Della. Su mejor amiga. Y lo hacían sentir como un traidor.

Desde el miércoles, cuando la había visto con esos pantalones pirata bajo los que se veía la silueta de un tanga, no había podido dejar de imaginarla sin pantalones. Y le daba pánico que Della se diera cuenta.

Suspirando, bajó del coche y se dirigió a la puerta. No pasaba nada, la miraría a los ojos, esos ojos castaños que conocía tan bien, y recordaría que eran amigos, no amantes. Nunca serían amantes.

–¡Pero bueno…! –exclamó cuando Della abrió la puerta.

–¿Te gusta? –sonrió ella, dándose una vueltecita para mostrarle el vestido de seda color bronce con escote palabra de honor–. Lo compré en una tienda que Lyn me recomendó.

–Estás… espectacular. No deberías comprar ropa en ninguna otra tienda.

–Tú también estás muy guapo.

–Gracias… ah, espera, casi se me olvida –dijo Luke entonces,

sacando una cajita de terciopelo del bolsillo–. He pensado que a lo mejor te gustaría ponerte esto.

–¿Es para mí?

–Lyn me aseguró que iría muy bien con el vestido.

–¿Lo ha elegido Lyn? –preguntó Della, acariciando un collar con varias cadenitas doradas.

–No, lo he elegido yo. Pensé que te gustaría, pero le he preguntado a mi hermana, por si acaso.

–No deberías haberte gastado tanto dinero –murmuró Della, mirándolo con sus ojos oscuros–. Los amigos no se compran regalos tan caros.

–A Lyn no le pareció mal.

–¿A ella también le has comprado un collar?

–No, pero… ¿vas a ponértelo o no?

–Sí, claro.

–Espera, voy a abrochártelo.

Della se dio la vuelta, y Luke intentó a abrocharle el collar, con manos temblorosas, respirando el perfume de su piel. Era un perfume que no reconocía, un perfume muy excitante. No sabía por qué, pero era como si Della, de repente, fuese otra mujer.

Y eso era un problema.

–Es precioso.

–Tú también lo eres.

Della levantó la cabeza para mirarse al espejo y, al verse al lado de Luke, su corazón dio un vuelco. Como si, de repente, hubiera despertado a la vida.

–Gracias.

Él se aclaró la garganta.

–De nada. Ha sido un placer.

Y lo decía en serio. Muy en serio. Luego le dio un beso en el pelo y se apartó para evitar la tentación.

Cuando llegaron al hotel donde tendría lugar la fiesta, Luke tomó a Della del brazo.

–Tenemos que hacer esto bien, ¿no?

Un tipo alto y delgado con una sonrisa que a Luke le pareció de lo más cínica apareció entonces a su lado.

–Vaya, jefa. Estás guapísima.

–Gracias, Jason. Tú tampoco estás mal.

Cuando el joven se alejó, Luke la miró con una sonrisa en los labios.

–No te cae bien, ¿eh?

–Es mi ayudante… y quiere quitarme el puesto desde que llegó a

la agencia. No, no me cae muy bien.

–Por cierto, ¿qué estamos haciendo aquí?

–Es la gala anual que organiza la agencia para agradar a los clientes. A Marvin, mi jefe, le gustan mucho estas cosas y tira la casa por la ventana.

–Pobre Michael, el dentista. Se va a perder esta bacanal.

Della soltó una risita.

–No te metas con Michael. Ah, espera, vamos a ver dónde nos han sentado. Todos los jefes de departamento tienen que sentarse con algún cliente importante…

–Horror, creo que empieza a dolerme la cabeza.

–A ti nunca te duele la cabeza. Por cierto, ¿no pensarás empezar una discusión de las tuyas esta noche?

–¿Contigo? No.

–No conmigo, con los clientes. Prométeme que no lo harás.

Luke apartó la mirada.

–¿Luke?

–Muy bien, te lo prometo. Pienso ser un perfecto caballero.

Mientras Della estudiaba el plano de las mesas, Luke tomó dos copas de champán que le ofrecía un camarero y miró alrededor. Había muchas mujeres impecablemente vestidas, muchos trajes oscuros, muchas sonrisas. Algunas iban dirigidas a él, pero le daba igual. Él había ido con la mujer más guapa de la fiesta, de modo que no estaba interesado.

Luke iba a llevarse la copa a los labios, pero se quedó parado. ¿Qué? No estaba interesado en ellas porque acababa de divorciarse, no por Della.

–¿Pasa algo? –le preguntó ella al verlo tan serio.

–No, no.

–Marvin nos ha sentado con Tom Dermont. Le voy a matar.

–Ya.

–Su mujer es agradable y el gerente de la empresa también estará en la mesa… y Melanie, su relaciones públicas.

–¿Alguien más?

–Sí, Stefano, el jefe de ventas.

–¿Y Stefano nos cae bien?

Della sonrió.

–A mí sí. Bueno, venga, la gente ya está sentándose.

Un par de horas después, Della intentó que el camarero la mirase cuando iba a llenar de nuevo la copa de Tom. Pero el camarero no la vio, de modo que no pudo decirle que no le sirviera más alcohol.

Según las tarjetas de la mesa, iban a colocarse a la manera tradicional: hombre-mujer, pero Tom decidió que Luke sería un compañero más interesante que su esposa. Como resultado, Tom Dermont había monopolizado a Luke durante toda la noche.

–Es lo más lógico –oyó que decía en ese momento, en voz más alta de lo normal–. O sea, uno no va a un burdel buscando una virgen, ¿no?

Della miró a Gayle Dermont, la esposa de Tom. La pobre mujer tiraba de su manga en un desesperado intento de llamar su atención.

–¿Qué pasa? ¿No has encontrado a nadie a quien molestar?

Della se puso colorada. ¿Cómo podía ser tan grosero?

–¿Qué estaba diciendo? –siguió Tom, tan tranquilo–. Ah, sí, que uno no compra una casa en una zona industrial si lo que quiere es respirar aire puro.

Della tenía que hacer algo. Otros invitados empezaban a mirar hacia la mesa, así que decidió buscar un tema de conversación más seguro.

–Yo…

–Ojalá acaben todos enfermos, me importa un bledo. A ver si se callan de una maldita vez.

Eso fue la puntilla.

–Luke –lo llamó Della urgentemente–. Perdona que os interrumpa, pero ésta es mi canción favorita.

–Ah, sí, es verdad –asintió él–. Además, estaba a punto de preguntarte si querías bailar.

Una vez en la pista de baile, Luke levantó los ojos al cielo.

–¿Cómo puedes soportar a ese sinvergüenza?

–No tengo más remedio. Pero te agradezco mucho que no hayas dicho nada. Supongo que te habrá costado un mundo.

–Te hice una promesa, y yo soy un hombre de palabra.

–En fin, perdona que te haya hecho levantar tan bruscamente…

–No hay nada que perdonar. Estaba deseando bailar contigo.

–¿Ah, sí? –murmuró Della, tragando saliva–. Bueno, supongo que no has tenido muchas oportunidades de bailar en estos años.

Luke miró al techo.

–Sí, claro, es por eso.

Unos minutos después, Gayle Dermont se acercó para decirles que Tom y ella se iban a casa, y Della le dio las gracias. Afortunadamente se había ido. Si hubiera seguido abriendo su bocaza, habría tenido que callarlo de un puñetazo. Y eso no estaría bien para alguien que esperaba un ascenso. Pero aquel hombre podía provocar a un santo, y ella no lo era.

–Menos mal. Ahora podemos pasar un buen rato –dijo Luke,

aliviado.

¿Pasarlo bien con él apretando su cintura? La mano de Luke en su espalda parecía acariciarla, y Della empezaba a marearse. Demasiado estrés y poco sueño, se dijo. Menos mal que el vestido no tenía escote en la espada. Piel con piel habría sido demasiado.

–¿Tenemos que quedarnos mucho rato? –preguntó Luke unos minutos después.

–Podemos irnos ahora mismo si quieres –contestó ella, intentando disimular su decepción.

–No. Aún no. Aquí se está bien. Pero en la pista. No quiero seguir viendo cómo te mira Barlow.

–¿Dan Barlow? Pero si sale con Gina.

–Te aseguro que te miraba. No dejaba de hacerlo.

–No, te equivocas. Dan y yo nos llevamos bien…

–Pero él quiere algo más, te lo digo yo.

–¿Por qué iba a estar interesado en mí?

–¿Por qué? ¿No sabes lo guapa que eres, Flaca?

La música cesó entonces, y Della se quedó parada, sin saber qué hacer. Necesitaba aire.

–Venga, vamos –murmuró, tomando a Luke del brazo–. Tom se ha ido y yo estoy agotada.

Después de despedirse amablemente de todo el mundo, salieron del hotel.

–De verdad, Della, estás preciosa. Todo el mundo te mira –sonrió Luke.

¿De verdad pensaba que era preciosa?

¿Luke, que siempre se había metido con ella, que la había visto en sus peores momentos, pensaba que era preciosa?

–Bueno.

¿Bueno? ¿Eso era lo único que iba a decir? Patético.

–¿Te pasa algo?

–¿Eh? No, no. Estoy bien.

Cuando llegaron a casa, Della abrió la puerta del coche dispuesta a salir corriendo. Pero Luke la siguió.

–Oye, espera, ¿tienes prisa?

–No, no. Es que creí que…

–¿Qué creías? –la interrumpió él, acercándose un poco más.

–Pues…

–¿Que iba a hacer esto? –murmuró Luke, inclinándose para besarla en el cuello.

–No, por favor.

–¿Por qué no?

–Porque… los amigos no hacen esas cosas.

–¿Y hacen esto? –preguntó Luke, besándola en la frente.

–No…bueno…

–¿Y esto? –Luke la besó en los labios. Un beso suave, tierno, nada apasionado.

Sin pensar, Della cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

Los labios de Luke buscaron los suyos entonces. Eran tan firmes y tan suaves como había imaginado siempre. Sus brazos se cerraron sobre su cintura, apretándola contra él…

Y Della se derritió.

–Llevaba toda la noche deseando besarte –dijo Luke con voz ronca–. Desde que te vi en la puerta, como una estatua de bronce.

¡Ja! Eso no era nada. Ella había querido besarlo desde que lo vio frente a la verja de hierro de su casa, cuando tenía catorce años.

–Luke…

–Sí, tienes razón. Eres preciosa… y mi mejor amiga. Creo que lo mejor es que me marche.

Ella asintió con la cabeza.

–Pero no ha pasado nada, ¿verdad? Estamos como siempre.

–Sí, sí –murmuró él.

–¿Me vas a llamar?

–Claro –contestó Luke, tragando saliva–. Que duermas bien.

Della abrió la puerta, pensativa, mientras lo veía alejarse calle abajo, preguntándose si habrían destrozado para siempre una maravillosa amistad.

Capítulo 6

Desde la cama, el lunes por la mañana, Della veía las olas golpeando la playa. Era tarde pero, por una vez, no tenía prisa por levantarse. No podía dejar de pensar en lo que había pasado con Luke el sábado por la noche.

Si le hubiera empujado, si se hubiera reído de aquel beso… si le hubiera demostrado que no tenía el menor interés en él. Pero no lo había hecho. Había cerrado los ojos como una quinceañera y, en lugar de proteger su amistad, había dejado claro que estaba deseando que la besara.

Luke debía de haberse dado cuenta por fin. Debía de haber descubierto su secreta atracción por él o no la habría besado. Y también él debía de sentir algo… pero no era más que un capricho, una broma después de tomar unas copas, se dijo. Sólo esperaba que no hubiera descubierto la profundidad de sus sentimientos por él.

Suspirando, se levantó de la cama. Tenía que ducharse y vestirse para ir a trabajar, pero mientras lo hacía los pensamientos que daban vueltas en su cabeza no tenían nada que ver con el trabajo.

Poco después, Della entraba en la recepción de la agencia. Iba a saludar a Bonnie como todas las mañanas cuando la recepcionista se levantó de un salto.

–¿Dónde has estado?

–¿Por qué? ¿Hay alguien buscándome? –preguntó Della, mirando el reloj–. Sólo llego unos minutos tarde.

–¿Que si hay alguien buscándote? ¿No me digas que no lo sabes?

–¿Qué tengo que saber?

–El jefe te espera en su despacho y está de un humor de perros.

Della arrugó el ceño. ¿Por qué estaba Marvin enfadado?

Suspirando, se dirigió a la cocina para servirse un café. Sospechaba que el problema tenía que ver con Tom Dermont, y cualquier problema con ese hombre sería más soportable después de tomar un café. Pero cuando entró en la oficina de Marvin vio que Jason estaba sentado en el sofá. Y no la miraba a los ojos.

–Buenos días, Marvin. ¿Cómo estás?

–Ah, por fin has llegado –dijo su jefe, con un tono más seco del habitual.

–¿Querías verme?

–O eres una actriz increíble o no has leído los periódicos.
–Pues no, no he tenido tiempo –dijo ella–. ¿Qué me he perdido?
Marvin le entregó el periódico que había sobre la mesa.
En la portada, Della leyó:

El desdén de Dermont
«Los residentes de la zona me importan un bledo».

Bajo el titular había una fotografía de un niño con una seria infección cutánea.
–Dios mío… ¿quién ha publicado esto? No creo que Tom haya dado una entrevista diciendo estas cosas…
–Eso no lo sabe nadie mejor que tú –la interrumpió Marvin.
–¿Yo?
–Tú preparaste el encuentro con el periodista, ¿no?
–¿Yo? Mira la firma del artículo.
Luke Brayford.
Della tragó saliva. Luke había publicado ese artículo.
–¿No llevaste a Luke Brayford a la fiesta del sábado y lo sentaste al lado de Tom Dermont?
–Sí, pero…
–¡Por el amor de Dios, Della! Jason me ha dicho que lo dejaste hablar con Luke toda la noche sin controlar lo que decía.
Della miró a Jason, pero la furia que sentía contra él sólo era una fracción de la que sentía contra Luke por traicionarla de esa manera.
–Estuvo hablando con él, pero no era una entrevista. Luke no estaba trabajando…
¿Cómo podía no haberlo pensado? ¿Cómo podía haber imaginado que Luke, un prestigioso periodista famoso por desenmascarar a las grandes corporaciones, iba a escuchar las barbaridades de Tom sin hacer algo?
–Como te puedes imaginar, Tom ya me ha llamado por teléfono. Y exige que te despida. Y me temo que no puedo hacer nada, Della.
Ella asintió con la cabeza, incrédula. Era una injusticia. No merecía perder su trabajo después de todo lo que había hecho por la agencia, después de todas las crisis que había solucionado. Aquello no podía pasar.
–Lo siento muchísimo, Della. Has sido muy importante para la agencia… pero debo rogarte que te marches. Tienes media hora para recoger tus cosas.
–¿No crees que te estás apresurando…?
–Por favor, no me lo pongas más difícil –la interrumpió su jefe–. Necesitamos la cuenta de Dermont, especialmente ahora, cuando

estamos a punto de fusionarnos con otra agencia. ¿Cómo quedaríamos si perdiéramos a nuestro mejor cliente por el error de una empleada? No quiero perderlo, y Tom insiste en que debo despedirte, así que no puedo hacer otra cosa.

–Yo habría esperado un poco más de apoyo por tu parte, Marvin.

Él lanzó una especie de gruñido.

–Lo siento, pero así están las cosas.

Della asintió con la cabeza, sabiendo que no podría hacer nada, y salió del despacho con toda la dignidad de la que era capaz. Nadie le dijo una palabra mientras salía de la agencia. Mejor. Sólo cuando llegó a su coche dejó que las lágrimas rodasen por su rostro.

Ahora sabía lo que valía para la empresa. El dinero de Tom Dermont hablaba mucho más alto que todas sus contribuciones, sus esfuerzos, las horas extra…

Y en cuanto a Luke… ¿cómo podía haberle hecho aquello?

¿Habría ido a la fiesta con la intención de sonsacar a Dermont para luego publicar un artículo? La lógica le decía que no podía haber sabido que iba a sentarse con él. Pero, evidentemente, se había aprovechado de la situación.

Debería haber imaginado que Luke tenía interés por la planta química de Dermont. Había ido a la conferencia de prensa un día después de llegar a Australia…

Como una idiota, le había puesto a Tom Dermont en bandeja, sabiendo que era un bocazas y un canalla sin escrúpulos. Pero Luke… ¿no había imaginado lo que le pasaría a ella cuando publicase el artículo? ¿No había imaginado que podría perder su trabajo?

Con los ojos llenos de lágrimas, Della apoyó la cabeza en el volante. ¿Cómo podía haber sido tan tonta?

Luke era su amigo, pero la había traicionado. De la peor manera.

No quería ir a su casa, la casa que estaba pagando con el dinero que ganaba en la agencia, de modo que decidió ir a casa de Lyn.

Lyn abrió la puerta con el periódico en la mano y una expresión de sorpresa en la cara.

–¿Qué ha pasado? ¿Por qué no estás en la oficina?

–¿Dónde están los niños? –preguntó Della.

–Jamie en la guardería y Cassie durmiendo. ¿Qué ha pasado?

Ella señaló el periódico que tenía en la mano.

–Esto es lo que ha pasado. El artículo de tu hermano.

–Estaba leyéndolo cuando ha sonado el timbre…

–Me han despedido, Lyn. De forma fulminante. Se acabó, ya no trabajo en la agencia, ya no voy a conseguir el ascenso –dijo Della

entonces.

–Ay, Dios mío… ¿cómo han podido hacer eso? ¿Y cómo ha conseguido mi hermano el artículo?

–El sábado Tom Dermont y tu hermano se sentaron juntos en la cena. Tom se puso a largar y… Luke ha publicado todo lo que le dijo. La verdad, entiendo que Marvin me haya despedido. Pero Luke… ¿por qué me ha hecho esto?

–Pero Della… mi hermano sólo ha intentado ayudar a la gente a la que Dermont está matando con esa fábrica. Siento muchísimo que hayas perdido tu trabajo, pero tú conoces a Luke tanto como yo. Lo conoces tan bien como para saber que no desaprovecharía esta oportunidad. Lo de Dermont es una injusticia… a ese hombre no le importa nadie. Le da igual que los vecinos se pongan enfermos… Además, ¿tú querrías que Luke cambiase, que fuera de otra manera?

Della se encogió de hombros.

–Lo que no quiero es quedarme en el paro. Y lo que no quiero es que nadie me utilice. Luke me ha utilizado para conseguir su artículo sin pensar en las consecuencias… para mí.

–Yo no creo que te haya utilizado. No fue a la cena con la intención de sonsacar a Dermont. Además, seguro que no se le ocurrió pensar que podrían despedirte por esto.

–Pero él sabía que Tom era uno de mis clientes.

–¿Y qué? ¿Cómo iba a saber que te echarían de la agencia? Tú no has tenido nada que ver. Además, seguro que pensó que esto te daría más trabajo. Después de este artículo, Tom Dermont necesita a la agencia más que nunca.

Antes de que Della pudiera contestar, sonó el timbre.

Lyn miró por la ventana.

–Es Luke. Vamos a preguntarle…

–¡No! –exclamó Della–. No quiero verlo. Me voy, estoy demasiado furiosa con él…

–Della…

–No puedo hablar con él ahora. Voy a salir por el garaje.

Cuando entraba en su coche vio a Luke de espaldas, en la puerta. La última vez que lo vio la había besado y ahora estaba huyendo de él.

Unos minutos después, Luke miraba por la ventana del salón. No podía creer lo que Lyn le había contado. Jamás habría podido imaginar que despedirían a Della…

¿Habría escrito el artículo de haberlo sabido?

Seguramente sí. Aunque antes lo habría hablado con ella.

Pero ya era demasiado tarde. El daño estaba hecho. Sólo esperaba que el daño que le había hecho a Dermont fuera suficiente como para que le cerrasen la planta química.

Además, aunque sabía que la había puesto en una posición muy difícil, estaba seguro de que lo mejor que podía pasarle era dejar de trabajar para un canalla como Dermont. Aunque ella no querría admitirlo, no podía ser feliz en un trabajo que iba contra sus ideales. Encontraría otra agencia y quizá incluso le daría las gracias por lo que había hecho.

Pero mientras tanto… Della no tenía dinero. Se había gastado todo lo que tenía en la casa. Y como la seguridad económica era tan importante para ella, era lógico que estuviera furiosa.

Y luego estaba el beso.

Luke se volvió cuando Lyn entró en la habitación con dos tazas de café en la mano. Della había dejado que la besara. No se había apartado, todo lo contrario. Y su respuesta había hecho que perdiera la cabeza por un momento. Nunca había sentido algo así, ni siquiera con Yvonne. Yvonne y él habían pasado del bar a la cama sin que supiera su nombre siquiera. No había habido tiempo para besos tiernos, seductores.

Pero Della era su amiga, no una mujer que hubiese conocido en un bar. Y no podía ir por ahí besando a sus amigas, por muy guapas que fueran. Aunque no había ninguna otra a la que quisiera besar. Della era la única.

–¿En qué piensas? –preguntó su hermana–. Espero que estés intentando encontrar una solución para tu problema con Della.

–¿Crees que puedo solucionarlo?

Lyn se encogió de hombros.

–No tengo ni idea, pero debes intentarlo. Ella no se merece esto, Luke.

–No, ya lo sé. ¿Crees que hice mal publicando el artículo?

Lyn tomó un sorbo de café.

–No. Y estoy segura de que Della tampoco lo cree. Pero se siente herida. Cree que la has utilizado y, además, ha perdido su empleo. Y tú sabes lo importante que es eso para ella.

Luke asintió con la cabeza.

–¿Cree que la he utilizado?

–Se siente traicionada.

–Pero deberías haber oído a Dermont, Lynnie. Estaba jactándose de que podía hacer lo que le diera la gana, que los residentes de la zona le daban completamente igual…

–Sí, ya me imagino. Pero es a Della a quien tienes que explicárselo. Y te deseo suerte porque en este momento no quiere verte ni en pintura. Creo que deberías dejarla en paz unos días y

luego… ya veremos.

Luke dejó escapar un suspiro. Lyn tenía razón. Y durante esos días pensaría en algo, un gesto para demostrarle cuánto sentía lo que había pasado.

Capítulo 7

Della se pasó los días siguientes llamando por teléfono a posibles clientes, pero sin grandes resultados. El viernes tuvo su primera entrevista, pero no hubo suerte. No era ninguna sorpresa, claro, ya que el presidente era un amigo de Marvin.

Volvió a casa mareada. ¿Qué iba a hacer? Tenía que pagar la hipoteca de la casa y docenas de facturas todos los meses. Y había usado parte de sus ahorros para comprar el Mercedes…

Cuando llegó a casa le sorprendió ver que la verja estaba abierta. Y como no era fácil abrirla sin dar un empujón, aquello no podía ser un accidente.

Entonces oyó ruido en la parte de atrás. Intentando no hacer ruido, entró en el jardín y… se encontró con Luke.

Luke, sin camisa, haciendo agujeros en el jardín con una pala. Y por el sudor que cubría su espalda, debía de llevar varias horas haciéndolo. Estaba rodeado de sacos de tierra, herramientas, semillas.

–Ah, me has pillado.

Della se quedó mirándolo. Difícil no hacerlo con aquellos vaqueros que colgaban de sus delgadas caderas y aquel torso desnudo. Disfrutar de la vista era natural. Un instinto básico. Pero tenía que saber qué demonios estaba haciendo allí.

–¿Te he pillado haciendo qué exactamente?

–Quería que fuera una sorpresa. He decidido ayudarte en el jardín.

–¿Por qué?

–Para pedirte disculpas, Della. No podía imaginar que perderías tu trabajo y…

–Ya, claro –lo interrumpió ella.

–Alguien tenía que desenmascarar a ese hombre. Es un canalla, Della. Pero quiero que sepas que de verdad no imaginaba que tú sufrirías las consecuencias. Todo lo contrario, pensé que harías falta en la agencia más que nunca.

Ella dejó escapar un suspiro.

–Va a haber una investigación. Lo he oído en la radio. Mira, sé que Tom es un sinvergüenza, pero la planta química no es tan peligrosa como crees. Y ahora hay gente que se quedará sin trabajo. Si la cierran, todos los que trabajan allí se quedarán en el paro.

–Y si no la cierran, podrían morir por las emanaciones de gas.

–Eso son sólo comentarios, cosas que dicen…

–No. Por favor, dame un poco de crédito. Sé de lo que hablo. He investigado antes de escribir el artículo. He hablado con antiguos empleados, gente que dejó la empresa porque sabían lo que estaba pasando.

–Ha habido un par de escapes…

–No un par, muchos. Y cada vez más importantes.

–Pero el gas no es tóxico…

–El último escape fue imposible de disimular por el incendio, pero sólo fue uno de tantos. Y el gas es tóxico, Della. Estamos hablando de productos químicos muy peligrosos, con el potencial de provocar defectos de nacimiento, lesiones irreversibles y hasta la muerte.

Della vaciló. Tom le había asegurado que…

–Estás exagerando para justificar tu artículo.

–¿Por qué dices eso, porque te lo ha dicho Dermont?

–Mira, déjalo, hace demasiado calor para discutir. ¿Quieres entrar para tomar algo fresco?

Luke sonrió.

–Sí, gracias.

Una vez dentro de la casa, Luke se puso la camiseta y Della pudo respirar un poco mejor.

–Veo que no has leído todo el artículo.

–No.

No sabía por qué. Al principio había sido por la rabia que sentía. Pero luego… sospechaba que era por miedo. Por miedo a tener que aceptar que Luke tenía razón.

–¿Recuerdas que el otro día hablamos de Bhopal?

–Sí. ¿Qué tiene eso que ver?

–Por lo que yo sé, en la planta de Dermont no había medidas de seguridad. El propio Tom ordenó que apagasen el equipo de refrigeración porque costaba mucho dinero mantenerlo. Por eso hubo un incendio.

–Pero hay inspecciones…

–Y hay dinero para pagar a algunos inspectores –la interrumpió Luke–. Mira, Della, de verdad siento mucho que perdieras tu trabajo. Pero no te utilicé. Yo no haría eso.

–Sí, lo sé –suspiró ella–. Pero Dermont debía de creer que estaba hablando extraoficialmente.

–Con un periodista eso no existe. Ni debe existir cuando se trata de la salud de la gente.

–Bueno, mira, déjalo. Ahora es mi problema y soy yo quien tiene que solucionarlo.

Luke se quedó callado un momento.

–¿Ayudaría en algo que llamase a tu jefe para decirle que tú no has tenido nada que ver?

–No, por favor.

–¿Y si me ofreciera a escribir un artículo positivo sobre otro de vuestros clientes?

–Sólo si escribieras uno sobre Tom Dermont. Pero no creo que ni eso fuera suficiente. En fin, da igual. No pienso volver a la agencia de todas formas.

–Encontrarás otro trabajo enseguida, seguro.

–No lo creo. En Adelaida no hay demasiado trabajo para los relaciones públicas. Tendré que hacer algo por mi cuenta, pero no sé si será suficiente para pagar las facturas…

–Lo siento mucho, Della, de verdad. Sé lo importante que era este trabajo para ti, aunque fuese en contra de tus ideales.

–¿Qué quieres decir?

–Que estabas comprometiendo tu vida.

–Luke…

–Tú sabes que es verdad. Entiendo que tienes que vivir y que tienes que pagar facturas como todo el mundo, pero tú sabes tan bien como yo que hay cosas que están mal.

Della apartó la mirada.

–No tenías por qué haber venido. La pala, las herramientas… todo eso debe de haberte costado un dineral.

–Ya sabes que puedo permitírmelo. Vas a dejar que termine, ¿verdad?

–Claro –sonrió Della–. Y espero que hagas un buen trabajo, además.

Lo había perdonado, pero no pensaba decírselo.

–¿Puedo hacer una sugerencia?

–¿Qué clase de sugerencia?

–Me parece que sé dónde puedes trabajar.

–¿Ah, sí?

–Es un proyecto pequeño y no creo que puedan pagarte mucho.

–Ah, qué bien.

–No te enfades. La presidenta de la asociación de vecinos de la zona, el grupo que protesta por la planta de Dermont, me preguntó si conocía a alguien que pudiese ayudarlos.

Della lo miró, atónita. ¿Cómo iba a trabajar para esa asociación después de haber trabajado para Tom Dermont?

–Necesitan a alguien que haga pública su situación, que mueva las cosas para que el Ayuntamiento y el Ministerio de Sanidad se comprometan.

–¿Y tienen dinero para folletos, envío de circulares, anuncios en las televisiones locales?

–Sí.

–¿Lo van a pagar de su propio bolsillo?

–Bueno, han recibido una pequeña donación.

De modo que él iba a pagar por todo eso, pensó Della. Y entonces su sueldo saldría… del bolsillo de Luke

–Te garantizo que te gustará la presidenta de la asociación, Mary Horton. Pero no tienes que decidirte ahora mismo. Llama a Mary y habla con ella. O ve a verla.

En realidad, nada ni nadie podría impedir que trabajase para esa asociación… más que su sentimiento de culpa. Unos días antes había estado al otro lado de la verja y ahora… Pero ella no tenía información privilegiada sobre la empresa de Dermont, de modo que no tenía por qué ser un problema de conciencia.

–Muy bien, lo haré. Pero antes voy a cambiarme de ropa. Te veo en el jardín.

–¿Para qué?

–No pensarías que ibas a ser el único que lo pasara bien, ¿no? Es mi jardín.

Luke sonrió.

–Me parece estupendo. Tú puedes plantar las semillas a medida que vayamos moviendo la tierra.

Aparte del rato que pararon para comer, estuvieron todo el día trabajando. Della no lo había pasado tan bien desde que eran críos.

–La verdad es que tiene una pinta estupenda. Y me encanta el olor a tierra fresca.

–Volveré mañana a primera hora. Tardaremos otro día en terminar con todo el jardín. O dos, quizá.

Della apartó la mirada. La idea de pasar dos días más con un Luke descamisado hizo que su cuerpo reaccionase de una forma vergonzante. Debería controlar sus hormonas ahora que era una mujer adulta, pero cada día le resultaba más difícil.

¿Era porque ya no era la cría sin experiencia que había sido cuando conoció a Luke? Ahora sabía lo que se perdía y la idea de cómo podría ser con él…

–Bueno, supongo que tendrás hambre. Me parece que tengo unos huevos en la nevera. Podría hacer una tortilla.

–Esta noche no cocinas. Debes de estar agotada.

–Gracias por recordármelo.

–Podríamos pedir una pizza por teléfono –sugirió Luke–. Y si no te importa que me duche en tu casa, tengo ropa limpia en el coche.

–¿Por qué llevas ropa en el coche? ¿Te han echado de casa?

–No, qué va, mi madre insiste en hacerme la colada. He

intentado convencerla de que puedo hacerla yo mismo, pero ya sabes cómo es.

–Ah, ya veo. Bueno, ve a ducharte mientras yo guardo todo esto. Luego, mientras yo me ducho, pide la pizza por teléfono.

–Trato hecho.

Más tarde, Luke miraba a su amiga, sentada en una esquina del sofá mientras tomaba su cuarta o quinta porción de pizza. ¿Dónde metía toda esa comida? Siempre había sido tan delgada…

Pero tenía la nevera vacía. Seguramente ocupaba todo su tiempo en buscar trabajo y no había tenido tiempo de ir al supermercado.

Eso le recordó los primeros años, cuando iba a casa de sus padres muerta de hambre…

–¿Por qué miras la pizza de esa forma? –le preguntó Della–. ¿Vas a comértela o estás intentando memorizarla?

–No, estaba descansando. No puedo competir contigo.

–No sé por qué has pedido dos. ¿Esperabas que vinieran refuerzos?

–No, es que te conozco.

Della soltó una carcajada.

Habían evitado mencionar el beso durante todo el día. Aunque a Luke le habría gustado decirle que lo había conmovido, que había sido algo diferente para él, algo especial. Pero no podía decir esas palabras. No podía decir nada o la perdería para siempre. Con su amistad colgando de un hilo, tocar ese tema sería un terrible error.

En cuanto a su trabajo… si pudiera ayudarla sin que Della supiera que la estaba ayudando, sería perfecto.

Además de donar una cantidad de dinero a la asociación que dirigía Mary Horton, había tenido otra idea, pero tenía que comprobar unos detalles antes de ponerla en práctica.

Capítulo 8

El lunes, después de llamar a Mary Horton para pedir una cita, Della miró el periódico en el que Luke había publicado su artículo sobre Tom Dermont. No había leído el artículo completo, pero si iba a trabajar para la asociación, debería hacerlo.

Ahora que el susto de haber perdido su trabajo empezaba a pasarse, podría lidiar con la verdad. Porque estaba segura de que Luke había comprobado lo que escribía antes de publicarlo.

Y cuando terminó de leer, tenía los ojos llenos de lágrimas. Qué orgullosa estaba de Luke.

Ella había trabajado para Tom Dermont, había colaborado para engañar al público defendiendo una empresa química contaminante dirigida por un criminal a quien no le importaban nada las vidas de los demás. ¿Y por qué? Porque era su trabajo, porque con ello ganaba dinero.

Por primera vez en mucho tiempo, Della se preguntó cuándo había decidido olvidar sus ideales, cuándo había dejado de ser la persona que siempre había sido.

¿Habría perdido su integridad?

La integridad significaba no comprometer tus valores… ahora entendía lo que Luke había intentando decirle. Quizá se había olvidado de su integridad durante unos años, pero estaba allí, intacta. Y podría encontrarla otra vez.

Sintiéndose increíblemente aliviada, se dio cuenta de que el perpetuo estado de cansancio en el que se había visto sumida desde que empezó a trabajar para la agencia era debido a que estaba siendo alguien que no era.

Era tan sencillo. Tenía la sensación de estar empezando una nueva jornada. Podría ir donde quisiera. Podía elegir.

Pero antes, tenía que ir a casa de Mary Horton.

A primera vista, Mary Horton parecía una dulce abuelita. Pero después de unos minutos hablando con ella, Della supo que era todo menos eso. Mary habría avergonzado a cualquiera de sus colegas con sus conocimientos sobre asuntos nacionales e internacionales. Además, resultaba encantadora.

Era fácil entender que a Luke le cayese tan bien. Y el té con galletas caseras que le ofreció ayudó mucho, además.

–Mira, aquí tengo informes sobre todos los escapes de gas. Echa un vistazo.

Della miró el informe. Había habido muchos más de los que Tom Dermont decía. Muchísimos más.

–¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

–Desde que construyeron las casas en los años sesenta. Y allí había un espacio abierto –suspiró Mary, señalando la ventana, desde la que podía verse la planta química–. No es que sea antiindustria. Después de todo, mi pensión depende de eso. Pero me niego a que construyan fábricas peligrosas en zonas residenciales y se queden tan frescos.

–¿Las casas estaban antes que la fábrica?

–Sí, claro. La planta se construyó en los años setenta. Al principio protestamos, pero nadie nos hizo caso. Luego descubrimos que uno de los concejales había recibido un soborno para firmar la autorización, pero nadie hizo nada.

Della miró por la ventana. De ella llegaba un olor extraño…

–Ay, perdona, voy a cerrarla. Llevamos más de veinte años soportando ese olor.

–Yo he estado en la planta varias veces, pero nunca había olido nada parecido.

–Seguramente porque fuiste cuando no estaban ventilando. Además, las oficinas están al otro lado… para que los empleados no se pongan enfermos, supongo. Tom Dermont es muy considerado –dijo Mary, irónica.

–Ya veo –suspiró Della–. En fin, Luke me ha hablado un poco de lo que queréis hacer, pero me gustaría que me lo contases tú personalmente.

–Ah, Luke. Es un cielo, ¿verdad?

–Sí, bueno, somos viejos amigos –murmuró Della, bajando la mirada–. Sobre el informe que habría que dar a los medios…

–Mira, esto es lo que yo había pensado que podríamos hacer…

Veinte minutos después, mientras Della seguía leyendo informes, sonó el timbre.

–Perdona un momento –sonrió Mary.

Della no se molestó en levantar la cabeza, absorta como estaba en los papeles. Después de respirar ese olor tan desagradable se sentía como una idiota por haber creído a Tom Dermont durante tanto tiempo.

–¡Mira quién ha venido!

–¡Luke!

–¿Quieres un té, Luke?

–No, gracias. He venido para invitaros a comer.

–No puedo –dijo Della–. Tengo muchos informes que leer.

–No seas tonta, claro que puedes comer. Si no comes, no podrás trabajar –replicó Mary–. Además, yo no pienso rechazar la oferta de un chico tan guapo. Voy a buscar mi bolso.

Della dejó escapar un suspiro.

–Siempre te sales con la tuya, ¿no?

–Siempre.

Luke las llevó a un restaurante cerca de la playa y se sentaron en la terraza, bajo una sombrilla.

–Qué preciosos son, ¿verdad? –sonrió Mary, señalando a unos niños que jugaban en la arena.

Con tantos problemas, Della casi había olvidado la noticia que le había dado el doctor Morgan. Pero al ver a los niños jugando en la arena se le encogió el corazón.

–Hablando de niños –dijo Luke entonces–. ¿No crees que Lynnie parece un poco cansada?

–No la he visto en toda la semana, pero me imagino que estará cansada, sí. Patrick trabaja todo el día y no puede ayudarla.

–Yo creo que deberíamos echarle una mano. Podríamos llevarnos a los niños de paseo para que Lyn descansara un poco.

–¿De qué estáis hablando? –preguntó Mary.

–Ah, perdona. Lyn es mi hermana.

–¿Qué nos llevemos a los niños? ¿Dónde?

–No, sé, al parque. Podríamos pasar el día con ellos.

–¿Todo un día? –exclamó Della.

–¿Por qué no?

Ella no sabía qué decir.

–Bueno, como quieras. ¿Pero cuándo?

–No sé, un día de esta semana.

–Pero yo tengo que trabajar en los panfletos de la asociación…

–Hemos esperado más de veinte años, hija, podemos esperar un par de días más –rió Mary.

Della asintió con la cabeza, pero no se sentía cómoda. La idea de pasar un día entero con Luke y los niños no hacía más que recordarle que eso era algo que jamás podría tener.

–¿Desde cuándo os conocéis? –preguntó Mary.

Della miró a Luke.

–De toda la vida. Me siento vieja cuando lo pienso.

–Nos conocimos cuando yo tenía quince años, y Della, catorce, la misma edad que mi hermana –rió Luke.

–Yo me hice amiga de Lyn, pero él no nos dejaba en paz, así que tuvimos que soportarlo. Intentábamos librarnos de él a toda costa, pero era imposible.

Mary soltó una risita.
–Ya me imagino. Es un chico muy decidido, ¿verdad?

Capítulo 9

Luke y tú habéis hecho las paces? –le preguntó Lyn por teléfono al día siguiente.

–Pues claro. No me digas que lo dudabas.

–No, claro que no. Sólo era una cuestión de tiempo, hasta que te dieras cuenta de que Luke te hizo un favor.

–Sí, seguro.

–Lo digo en serio. Ahora tendrás más tiempo para tus amigas.

–Soy una amiga terrible, ¿verdad?

–Venga ya, era una broma.

–No, es verdad. Debería ayudarte con los niños…

–Ah, ahora que hablas del tema, Luke acaba de irse. Vino decidido a secuestrar a mis hijos.

–¿Secuestrarlos?

–Bueno, a llevárselos prestados. Me ha dicho que habéis decidido llevároslos por ahí a pasar el día mañana.

–Pero tú no habrás aceptado, ¿verdad?

–Pues claro que sí. ¿Por qué iba a decirle que no? Mañana me voy a la peluquería y luego a hacerme un masaje y una manicura. Eso sólo para empezar. Estoy encantada, aunque no entiendo qué os ha pasado.

–Bueno, habíamos pensado que necesitabas descansar un poco.

–Genial, pero…

–Luke quiere hacer el papel de tío, es normal.

–En fin, supongo que quiere compensarlos por todo el tiempo que ha estado fuera. La verdad, es una pena que Luke y su mujer no tuvieran hijos. Mi hermano sería un padre estupendo, ¿verdad?

–Sí –contestó Della, cerrando los ojos.

–Si algún día se queda en un sitio el tiempo suficiente… Espero que encuentre a alguien y que tenga una familia antes de que sea demasiado viejo.

Della apretó los labios. Lyn nunca aceptaría una relación entre su hermano y ella sabiendo que no podía tener hijos. Quizá no lo diría nunca, pero Della sabía que era así.

Aunque eso era irrelevante porque ella misma nunca permitiría esa relación.

–¿Della? ¿Estás ahí? No te habrá molestado que haya dicho lo de los niños, ¿verdad?

–No, claro que no.

–No creo que a mi hermano le resulte difícil encontrar a alguien. Es muy guapo, ¿verdad?
–Sí, es muy guapo.
–Ojalá yo encontrase a una buena chica para él –suspiró Lyn–. Hay algunas médicos solteras en el hospital de Patrick…
–Lyn, no creo que a Luke le guste que hagas de casamentera. No le gustaba cuando éramos adolescentes y ahora tampoco. Además, no sé si ha logrado olvidar a Yvonne.
Lyn dejó escapar un suspiro.
–Tienes razón. Bueno, ¿y tú qué tal? ¿Has encontrado algo?
–No, pero estoy haciendo trabajo free lance. Así podré pagar la hipoteca este mes.
–Genial. A lo mejor podrías trabajar por tu cuenta a partir de ahora. Incluso abrir tu propia agencia. Es mejor que hacer un trabajo que no te gusta, como el que hacías antes.
–¿Por qué dices eso? Claro que me gustaba mi trabajo.
–Perdona, me refería a un trabajo que te guste de verdad. Ya sé que te iba bien y todo eso, pero no eras feliz, Della. Sé sincera.
Ella vaciló.
–La verdad es que había algunos clientes a los que no podía soportar. Y algunos problemas que… en fin, yo no sabía que fueran tan graves.
–¿Y ahora sí lo sabes?
–Sí, creo que sí.
–Me alegro. No me gusta que no utilices tu verdadero talento.
–¿Qué talento es ése?
–Pues… la empatía. Tú siempre has sido buena entendiendo a los demás. Siempre intentas ver los dos lados de la historia.
–¿Tú crees?
–Pues claro. La cuestión es qué vas a hacer ahora que sabes lo que no debes hacer.
–Ése es el problema, que no lo sé. Me siento como vacía. Tenía tantos objetivos y ahora, de repente, no tengo nada. Es como si hubiera despertado de un sueño. Estoy desorientada.
Lyn lanzó un silbido.
–Dell, cariño, me parece que sé lo que quieres decir. Es como si hubieras vivido tu vida con un guión y, de repente, el director lo hubiese tirado a la basura. Pero lo que debes hacer es escuchar a tu corazón, dejar que te guíe el instinto… Ay, porras, Cassie está llorando otra vez. En fin, mañana tendré todo un día para mí sola.
–Eso parece.
–Tengo que colgar, Dell. Espero que mañana no os den muchos problemas. Adiós.
Della se quedó con el teléfono pegado a la oreja. Le encantaría

tener un trabajo que la hiciera sentir que estaba haciendo algo importante en la vida. El problema era que tenía que pagar la hipoteca. Y trabajando por su cuenta no lograría ganar dinero suficiente para llevar el mismo ritmo de vida que antes. Por el momento iba a tener que vender el coche. Su querido Mercedes. Della hizo un puchero. En fin, no tenía elección.

Si tenía que librarse de algunas cosas materiales… así era la vida. Al menos le quedaría su orgullo. Había empezado de cero y podía hacerlo otra vez. Sólo que esta vez elegiría mejor.

Con un suspiro, se concentró en el informe que estaba redactando. Quería ganarse el dinero que le pagaría Mary Horton.

O, más bien, Luke.

Della levantó los ojos al cielo. Estaba haciendo lo correcto trabajando para Mary. Quién pagase era irrelevante.

Cuando Luke fue a buscarla a la mañana siguiente, Della estaba lista y deseando pasar el día con los niños.

–¿Has decidido qué vamos a hacer?

–Bueno, Lyn me ha dicho que hagamos algo sencillo. Aparentemente, a Jamie le encanta darle patadas a un balón, pero Patrick nunca tiene tiempo de llevarlo al parque. Y ya sabes cómo es su jardín.

Della lo sabía bien. Un jardín japonés. Elección de Patrick.

–Me sorprende que Lyn no haya protestado. No es bueno para los niños.

–Hablando de jardines, ¿cómo va el tuyo?

–Bien. Espero mantenerlo como está. Al menos las plantas tendrán oportunidad de echar raíz antes de que llegue el calor de verdad. Un par de semanas más y no habrían sobrevivido el verano.

–Para ser un tonto he elegido bien, ¿verdad?

Della sonrió. Luke era cualquier cosa menos un tonto.

Lyn estaba esperándolos en la puerta de su casa con los niños y los asientos de seguridad en la mano.

–Dejaré el móvil encendido, por si acaso.

–Ya veo que tienes mucha confianza en nosotros.

–Es madre. Es su obligación preocuparse –sonrió Della.

–Me he traído la cometa –dijo Jamie, entrando en el coche con un balón y una bolsa llena de juguetes–. Pero mi mamá no sabe montarla y me ha dicho que lo harías tú.

–Ah, bien. Sí, creo que lo vamos a pasar fenomenal.

–Espero que sigas pensando lo mismo al final del día –rió Della.

Luke le pasó un brazo por los hombros.

–No te preocupes, vamos a pasarlo estupendamente. Tú, yo y los

niños. Como una familia.

Della sintió un escalofrío. De todo lo que podría haber dicho, pocas frases la habrían hecho sentir más incómoda.

–Muy bien. ¿Estamos todos?

–¡Sí! –exclamó Jamie.

Para cuando llegaron al parque Hazelwood, Della había conseguido recuperarse un poco. Mientras Jamie y Luke jugaban a la pelota, ella colocó el cochecito de Cassie a la sombra de un árbol, cerca del estanque.

–¡Venga, Della, anímate! –la llamó Luke.

Estuvieron jugando al fútbol los tres, con Cassie mirando alegremente desde su cochecito, pero cuando la niña empezó a mostrarse inquieta, Della la tomó en brazos.

–Debe de ser la hora de comer –dijo Luke, tumbándose en la hierba.

–¿Para ti o para los patos?

Él sacó una bolsa llena de mendrugos de pan.

–¿Vengo preparado o qué?

–Repito, ¿para ti o para los patos?

–Los patos –dijo Jamie, alargando la mano para tomar la bolsa.

–No los tires todos a la vez. Puede que le des a un pato en la cabeza y lo dejes noqueado.

Jamie soltó una infantil carcajada, y Luke se arrodilló a su lado para señalar a los patos que no conseguían llegar al pan. Típico de él, siempre pendiente de los más necesitados, pensó Della. Era un hombre generoso, considerado. Nunca había conocido a nadie mejor. Y, seguramente, nunca lo haría.

–¿Podemos jugar con la cometa, tío Luke?

–Claro.

Después de varios intentos de hacerla volar, el aparato por fin se elevó en el aire y Jamie lanzó un grito de alegría.

–¡Mira, está volando!

–Genial.

Della observaba, acunando a Cassie, riendo cuando el viento levantaba la cometa y Jamie tenía que correr con el hilo en la mano para que no lo tirase al suelo. Luego, cuando la niña empezó a quedarse dormida, la metió de nuevo en el cochecito y colocó una manta sobre la hierba.

Luke y Jamie llegaron justo cuando estaba sacando la comida de la nevera portátil.

–Qué olfato –bromeó.

–Tengo que pedirte un favor –dijo Luke, mientras sacaba un sándwich de su envoltorio de plástico.

–Dime.

–Necesito ir con una chica a cierto evento.

–Muy bien, iré contigo. ¿Qué es, una fiesta para periodistas?

–No, una cena benéfica.

–¿Para la asociación de Mary?

–No, para la organización que financia los orfanatos en India. Y creo que lo pasaremos bien.

Della se volvió para pedirle a Jamie que se sentara mientras comía, y el niño obedeció sin rechistar.

–¿Por qué se te dan tan bien los niños?

Ella se encogió de hombros.

–No creo que se me den particularmente bien.

–Recuerdo que solías ayudar a mi madre con Megan y Poppy. Lyn no ayudaba en absoluto. Estaba demasiado interesada en rizarse el pelo… o alisárselo, no me acuerdo. En fin, que siempre estaba ocupada con algo. Pero tú siempre tenías tiempo para las niñas.

–Eran tan monas. Me daba envidia que Lyn tuviese hermanas.

Luke asintió con la cabeza.

–¿Sigues envidiándola, ahora que tiene hijos?

Della tragó saliva. Su corazón latía con fuerza y, por un momento, pensó que Luke sabía la verdad…

–¿Qué te pasa, Flaca?

No, no lo sabía.

–Nada –contestó ella–. Por cierto, esto de salir con los niños… ¿es porque echas de menos el orfanato?

–No lo había pensado, pero podrías tener razón. Debo de ser más egoísta de lo que creía.

–¿Egoísta? Tú no eres egoísta.

Luke sacudió la cabeza, perdido en sus pensamientos, y sin pensar, Della le dio un beso en los labios.

Él la miró, con los ojos oscurecidos.

–¿Y eso?

–Para darte las gracias.

–¿Por qué?

–Por ser la persona menos egoísta que conozco.

–Eso no es verdad. Todo lo contrario. Ha habido veces… en las que sólo pensaba en protegerme a mí mismo.

–Como todo el mundo. ¿Crees que yo soy egoísta?

–No, para nada.

–Pero yo siempre me he protegido a mí misma. He tenido que hacerlo desde que era pequeña.

–No tenías más remedio. Pero no es lo mismo. Es como comparar manzanas y peras.

–Es lo mismo. Los dos hemos sufrido algún tipo de trauma y

hemos tenido que protegernos.

–Yo era un hombre adulto, tú eras una niña.

–Tú no has podido solucionar las tragedias que has visto, por eso piensas que has fracasado. Pero no es verdad. Lo que hiciste fue llamar la atención sobre esas tragedias para que no pasaran desapercibidas. Debes aceptar que hiciste todo lo que estuvo en tu mano.

Della miró entonces a Jamie, que estaba bostezando.

–¿Tienes sueño, cariño?

–No.

Pero se le cerraban los ojitos.

–Normalmente se duerme a esta hora –le dijo a Luke–. Y Cassie dormirá durante un rato, creo. ¿Qué hacemos? No podemos volver a casa de Lyn todavía. Podríamos ir a casa de tus padres. Está más cerca que la mía.

–No, ellos tampoco están en casa. Vamos a mi hotel. Los niños pueden dormir en la habitación.

–¿Sigues viviendo en el hotel? No te creo.

–Me costó Dios y ayuda convencer a mi madre, pero allí estoy. Y, por cierto, aún no has contestado a mi pregunta.

–¿Qué pregunta?

–Si envidias a Lyn por tener hijos.

–No, claro que no.

–¿No quieres tener una familia?

Della apartó la mirada.

–No.

Le sorprendió que su voz sonara tan firme cuando por dentro estaba temblando.

–De hecho, no puedo imaginar nada peor.

–¿Perdona?

–Ya me has oído.

–¿Por qué? Se te dan muy bien los niños…

–Sí, bueno, es muy fácil hacer de tía postiza de vez en cuando porque luego los devuelves a su mamá y sigues adelante con tu vida.

–¿Lo dices en serio?

–Además, que me gusten los niños no significa que quiera tenerlos. He de pensar en mi carrera, Luke. No quiero que nada me distraiga.

–Pero no tendrías por qué dejar tu trabajo. Millones de mujeres trabajan y tienen hijos a la vez.

–Lo sé, pero eso no es para mí. En serio, Luke. No tengo la menor intención de cargarme de hijos.

–¿Cargarte? No esperaba que dijeras algo así –contestó él, con

cara de sorpresa.

Y a ella no le gustaba decirlo, pero era lo único que podía hacer. Algún día le contaría la verdad, pero no ahora cuando aún tenía que acostumbrarse a la idea.

–¿Yvonne y tú no estabais de acuerdo sobre ese tema?

–No.

–¿Tú querías tener hijos y ella no?

–Eso es –contestó Luke, guardando los juguetes de Jamie en una bolsa.

–¿Fue por eso por lo que os separasteis?

–Sí –con expresión helada, Luke se dirigió hacia el coche.

Della dejó escapar un suspiro. Qué ironía que su mujer no hubiera querido tener hijos y que ella no pudiera tenerlos. Pero saber que Luke estaba empeñado en formar una familia dejaba bien claro que no podía haber nada entre ellos. Ella no podría darle los hijos que quería y no quería arriesgarse a perderlo por eso.

Jamie estaba dormido cuando salieron del coche, y Cassie no se había despertado todavía, de modo que llevaron a los niños en brazos hasta la habitación.

Luke se quedó observando a Della mientras los metía en la cama y los arropaba cariñosamente.

Ni por un momento había creído lo que le había dicho en el parque. Cualquiera se daría cuenta de que tenía instinto maternal. Recordaba muy bien cómo había cuidado de sus hermanas…

–¿Cuánto tiempo estarán dormidos?

–No lo sé. Creo que Jamie suele dormir un par de horas, pero Cassie despertará antes. Hay que darle el biberón.

–¿Podemos tomar un café mientras duermen?

–Sí, claro.

Luke estaba confuso. Desde que la besó, intentaba no pensar en Della más que como una amiga, pero cada día le resultaba más difícil.

Mientras llamaba al servicio de habitaciones para pedir el café, la miró de reojo. Le habría gustado tocar su pelo, acariciar la larga línea de su cuello y besar sus labios…

Cuando contestaron del servicio de habitaciones se sobresaltó como un tonto. ¿Qué le pasaba?

La respuesta era evidente. Pero tenía que calmarse.

Capítulo 10

Quieres que veamos la televisión? –preguntó Luke, tomando un sorbo de café.

–No. ¿Tú quieres verla?

Él negó con la cabeza.

–¿Qué es lo que más añorabas cuando estabas fuera? –le preguntó Della entonces.

–¿Aparte de ti? –sonrió él.

–Sí, seguro.

–No, lo digo en serio. Te echaba de menos. Sobre todo al principio. Echaba de menos las cosas que solíamos hacer juntos.

Allí estaba precisamente la enorme discrepancia entre sus sentimientos y los de Luke. Él echaba de menos la camaradería que había entre ellos. Ella, por otro lado, había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para seguir viviendo cuando Luke se fue de Australia porque, de repente, la vida no parecía tener sentido.

–No creo que te sintieras solo mucho tiempo. Te casaste con Yvonne.

–Sí, bueno…

–¿Por qué no quieres hablarme de ella?

–¿Qué es lo que quieres saber?

–No lo sé. Cualquier cosa. No sé nada de tu ex mujer, en realidad.

Él lo pensó un momento.

–Fue cómo me miraba lo que me atrajo de Yvonne –suspiró después–. Además, era muy guapa. Pelirroja, con el pelo hasta la cintura. Me pareció fantástica.

Della tuvo que hacer un esfuerzo para controlar una punzada de celos. Tenía que ponerse una máscara, disimular como le fuera posible.

–Pero todo era falso.

–¿Qué, el pelo?

–Sí, bueno, el color. Me engañó… me engañó de muchas maneras. Fui un imbécil.

–No, hombre…

–Sí, es la verdad. Ella sólo tenía que chascar los dedos y yo iba corriendo como un perrito. El amor es una cosa muy rara, Della. Es como un virus que destroza toda posibilidad de pensamiento racional. Y no hay cura. Uno sólo puede esperar que los anticuerpos

hagan su trabajo.

–¿Y tus anticuerpos te curaron? –intentó bromear Della.

–Con el tiempo, sí. En realidad, todo acabó muy pronto. Nos conocimos un día y cuatro semanas después estábamos casados. Un mes. Eso es lo que duró nuestra relación. Era tan guapa, tan exótica… la mujer más atractiva que había visto nunca.

Della se mordió los labios.

–Estábamos locos el uno por el otro –siguió Luke–. Y en la cama…

–Esto… por favor, ahórrate los detalles.

Él soltó una carcajada.

–Sí, es verdad, perdona. No quería ofenderte.

–No me has ofendido, tonto. No soy tan inocente.

–Ya me imagino. Supongo que habrás tenido un montón de novios. Con lo guapa que eres…

–Un montón, sí –rió Della–. No, qué va. Bueno, unos cuantos.

Los ojos de Luke se oscurecieron, pero ella no pudo descifrar por qué, ya que enseguida volvió a sonreír.

–En fin, el caso es que poco después la pasión que sentía por Yvonne se desvaneció. Al principio no podía separarme de ella, pero tuve que hacerlo. Me marché para cubrir un reportaje después de la luna de miel… y ahí empezaron los problemas.

Della tomó un sorbo de café.

–Ya veo.

–Había veces, cuando volvía de cubrir alguna catástrofe, en las que el sexo era lo último que me apetecía.

–Ah, una admisión muy poco masculina. Pero supongo que es normal. Después de lo que habías visto…

–Sí, bueno. Pero eso no fue lo peor. Al final, descubrí que Yvonne no estaba tan interesada en el sexo conmigo como en el sexo en general.

–¿Qué?

Luke se encogió de hombros.

–El caso es que apenas nos conocíamos cuando nos casamos. Si hubiéramos esperado un poco, habríamos descubierto que no teníamos nada en común. Había cosas que nos hacían incompatibles.

Como que ella no quisiera tener hijos.

–No debería haberme casado, pero… el amor te vuelve loco.

–¿Y sigues enamorado de ella?

–No. Un día la miré y no podía soportarla. Entonces me di cuenta de que no la quería, de que seguramente nunca la había querido de verdad. Cuando alguien te gusta mucho, cuando sientes pasión… ¿cómo se sabe si es amor de verdad? –murmuró Luke, casi

para sí mismo.

–El amor de verdad es diferente –contestó ella, casi sin pensar–. El amor de verdad es algo sólido y dura para siempre. Sobrevive a la separación, a todos los obstáculos…

–¿Y tú cómo sabes tanto del amor? ¿Has estado enamorada, Flaca?

Della se levantó para dirigirse a la ventana.

–Sí –contestó, sin mirarlo.

–¿Y sigues enamorada?

–No –respondió ella.

Los dos se quedaron callados entonces, sin saber qué decir.

Después de dejar a Jamie y Cassie en casa de una Lyn profundamente agradecida, Luke llevó a Della a casa. Iba mirándola de reojo mientras conducía, pero ella permanecía en silencio, con una serena sonrisa en los labios.

–Gracias, Luke –se despidió cuando llegaron a casa–. Lo he pasado muy bien.

–Yo también.

Cuando iba a salir del coche, él la sujetó del brazo.

–Espera.

Ella lo miró, con aquellos ojos tan preciosos y, de repente, Luke no pudo esconder por más tiempo lo que sentía.

–Della, cariño… –murmuró, tomando su cara entre las manos.

Ella no se apartó, no dijo nada. Luke se inclinó hacia delante para buscar sus labios. No era un beso apasionado, sino muy suave. No quería presionarla, ni física ni emocionalmente.

–¿Te estás preguntando si sigo viéndote como una amiga?

–Sí.

–Pues la respuesta es no.

Luke la oyó contener el aliento mientras apartaba las manos de su cara.

–No quiero presionarte, pero quiero que lo pienses.

–¿Qué tengo que pensar?

–En nosotros.

El sábado siguiente fueron juntos a la cena benéfica. Además de la presentación del proyecto al público asistente, todos ellos personas acaudaladas, se mostraron imágenes de uno de los orfanatos que la asociación patrocinaba. Había más de doscientos niños y niñas de la calle que habían sido recogidos y estaban recibiendo una educación. Las historias que contaban eran terribles,

y Della tuvo que hacer un esfuerzo para controlar las lágrimas.

–Ahora entiendo que este proyecto te interese tanto. ¿Has hecho tú mismo el vídeo?

–Sí –contestó Luke.

–Luke Brayford, señoras y señores –estaba diciendo en ese momento el presidente–, ha donado el dinero que necesitábamos para abrir y mantener ese orfanato. La medida de un hombre está en sus acciones y por eso es un honor para mí anunciar que Luke ha decidido aceptar el puesto de director del proyecto de expansión con el que abriremos más orfanatos por todo Asia.

Della se quedó mirándolo, sorprendida.

–¿Por qué no me lo habías dicho?

–Quería darte una sorpresa. Mira, cuando Christopher termine su discurso vamos a salir un rato a tomar el aire y te lo explicaré todo.

Ella asintió con la cabeza. Intentaba concentrarse en el discurso, pero no podía dejar de pensar en Luke. Se sentía orgullosa de él. Siempre había sabido que era especial, pero la sorpresa de saber lo especial que era la emocionaba. Y que hubiese decidido aceptar el puesto… eso significaba que se quedaría en Adelaida, en su vida.

Sólo en aquel momento se dio cuenta de cuánto había deseado que así fuera.

Cuando Christopher terminó su discurso, Luke la tomó del brazo para salir al jardín.

–¿Cuándo tomaste la decisión de quedarte?

–El miércoles.

El miércoles, un día después de ir con los niños al parque.

–Estoy muy orgullosa de ti, Luke. ¿Ya tenéis oficina, equipamiento, personal y todo lo demás?

–Claro. He encontrado un despacho estupendo en el centro y el lunes voy a firmar el contrato. Y en cuanto al personal, quiero hablar contigo de ese tema.

–¿Conmigo?

–Necesito una persona que me ayude, una persona de total confianza.

–¿Quieres que busque a alguien?

–No, quiero que lo hagas tú –sonrió Luke.

–¿Yo? No, de eso nada. No puedo trabajar para ti. No me apetece nada que seas mi jefe.

–¿Tu jefe? Yo había pensado que fuéramos un equipo. ¿No crees que podríamos trabajar bien juntos?

–Sí, pero…

–¿Pero qué? No me defraudes, Flaca, te necesito.

Ella tragó saliva. Trabajar para conseguir que se abrieran

orfanatos en los países más pobres, salvar a cientos de niños de la miseria… sería maravilloso. Podría ser el objetivo de su vida, algo importante de verdad.

–Muy bien –dijo por fin.

–¡Sí! –exclamó Luke, inclinándose un poco para rozar sus labios.

–¿Tú sabes lo que es esto?

–¿Un beso?

–No, acoso sexual, cariño. Eres mi jefe.

–No, aún no –rió él.

–Tenemos un contrato verbal.

–¿No puedo tocarte tampoco? –sonrió Luke, acariciando su brazo–. Dilo y dejaré de hacerlo, Della.

–No…

–¿No?

–No pares –contestó ella.

Luke la tomó por la cintura y buscó sus labios. Y esta vez el beso no fue suave, sino apasionado, lleno de ardor.

Luke. No podía creer que estuviera besándola, que pudiera sentir el calor de sus brazos en la espalda, que estuviera apretada contra su pecho… como había soñado siempre.

–Dios, casi se me olvida dónde estamos –murmuró él entonces, apartándose–. ¿Quieres que entremos?

Ella respiró profundamente.

–Sí, claro. No quiero perderme el postre.

–No tendremos que quedarnos mucho rato.

Della vio el mensaje que había en sus ojos. Y no se asustó. Ni se echó atrás. Sabía lo que iba a hacer y no le daba ningún miedo.

Media hora después, cuando lograron despedirse de todo el mundo, Luke tomó su mano.

–¿Nos vamos?

–Sí –contestó ella, sin dudar.

Capítulo 11

Una vez en el coche, Della tuvo que hacer un esfuerzo para disimular los nervios. Hablar habría estropeado el momento. No tenían que decir dónde iban y lo que iban a hacer cuando llegasen allí. Ambos lo sabían.

Entonces lo miró de reojo. El sentido común la había abandonado. Sabía que sólo iba a ser una noche, que no podía haber nada más, pero no pensaba echarse atrás. Aquello era lo que quería, y si no disfrutaba de aquella noche, lo lamentaría durante toda la vida. Nada importaba más que aquel momento, aquella oportunidad de vivir lo que había vivido en sus sueños desde que tenía catorce años.

Luke detuvo el coche frente a su casa y se volvió.

–Si te acompaño a la puerta, no será como amigo, Della. No volveré al coche.

Ella puso una mano sobre su pecho.

–No te vayas esta noche. No podría soportarlo.

Luke tomó su mano para besar suavemente la palma. Después la besó en los labios, con la misma delicadeza, y Della sintió un cosquilleo en la boca del estómago.

–Más… –murmuró–. Quiero más.

Dejando escapar un gemido, Luke la estrechó entre sus brazos y ella se derritió. Por fin, logró abrir la puerta del coche y llegar hasta su casa, pero en cuanto la puerta se cerró, Luke volvió a abrazarla. El beso era más posesivo que nunca. Era suya. Siempre había sido suya. Y aquella noche, Luke lo sabía.

Pero después…

¡No! No quería pensar en eso. Sólo quería disfrutar de aquella noche.

–Me encantan tus hombros. Me vuelven loco. Cada vez que te miro…

–¿Sí?

Luke sonrió, sus ojos grises ardiendo.

–Vamos arriba.

La tomó en brazos para subir la escalera. Nunca la habían llevado en brazos y eso la hacía sentir especial, querida. Cuando por fin estuvo desnuda debajo de él, sobre la suave colcha de la cama, sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, pero no dejó que rodasen por su rostro. Aquel momento era demasiado maravilloso

para estropearlo.

–No puedo creer que esto esté pasando. Después de tantos años deseándolo…

–¿Qué?

Della cerró los ojos.

–No te pares, por favor.

–¿Qué has dicho? ¿Estás diciendo que… querías que pasara esto antes, cuando éramos más jóvenes?

Ella asintió con la cabeza, mordiéndose los labios.

–No sé qué decir –murmuró Luke.

–No digas nada, por favor.

–Pero si hubiera sabido…

–Por favor –lo interrumpió Della, abrazándolo, deslizando una mano por su cadera, sobre su muslo.

Con un gruñido, Luke empezó a acariciarla, apretando suavemente sus pezones mientras la besaba en los labios.

Pero parecía vacilar. Y esa vacilación la estaba matando.

A la mañana siguiente, Della alargó el brazo para tocar a Luke, pero no lo encontró. La cama estaba vacía.

Luke se había ido.

Qué noche tan maravillosa, tan fantástica había sido. Luke la deseaba tanto como lo deseaba ella. No había duda sobre eso. Sus labios, sus manos, su cuerpo, todo le había dicho cuánto la deseaba. Y no sólo una vez.

Suspirando, Della se volvió hacia la terraza. Una suave brisa rozaba su piel desnuda, haciéndola sentir fresca, vibrante, llena de vida. Cuando levantó la cabeza vio que las cortinas se movían. Las puertas estaban abiertas y… Luke estaba en la terraza, de espaldas. Luke, en calzoncillos y nada más.

–Buenos días –murmuró Della.

Él se volvió, con una sonrisa en los labios. Una sonrisa tan tierna, que la emocionó. Cuando Luke se acercó a la cama, ella se apartó para hacerle sitio.

–Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien?

–Sí. ¿Y tú?

–Mejor que nunca. Ha sido la noche más asombrosa de mi vida.

–Para mí también.

–Pero no pareces muy feliz.

Della cerró los ojos.

–Soy feliz, te lo aseguro.

Luke puso una mano sobre el hombro.

–¿Y qué va a pasar ahora? ¿Se lo contamos a todo el mundo o

nos guardamos la noticia durante unos días? ¿Qué te parece?

–Luke… no hay ninguna noticia que dar.

–¿Qué?

–Tú y yo… no hay una relación entre nosotros. Tenemos que seguir siendo amigos. Esto no puede volver a pasar. No podemos tener una aventura.

Él la miró, sin entender.

–¿De qué estás hablando? Esto no ha sido sólo… un revolcón.

–Sí lo ha sido. Los dos somos adultos, Luke. Sabemos que estas cosas pasan. Pero podemos seguir siendo amigos, como siempre.

–¿Lo dices de broma? –exclamó él, levantando la voz–. Puede que tú seas capaz de olvidar tus sentimientos, pero yo no puedo. Si eso es lo que crees, estás loca.

Quizá lo estaba. Quizá había estado loca al pensar que podrían tener una noche de pasión y seguir después como si nada hubiera pasado. Se había convencido a sí misma de que era posible, pero ya no estaba tan segura.

–Luke, sé razonable. Nos dejamos llevar, pero no tiene por qué volver a pasar…

–No puedo creer que digas eso –la interrumpió él, levantándose para acercarse a la silla donde había dejado su ropa.

–Lo que digo es que llevamos muchos años siendo amigos… –siguió Della, con voz temblorosa.

–Pero anoche me dijiste que llevabas años deseando que esto pasara.

–No debería haberlo dicho. Fue… el alcohol.

–No bebiste tanto. Nunca lo haces.

No. Le daba miedo convertirse en su madre.

–¿Por qué no me detuviste, Della? –preguntó Luke, poniéndose los pantalones–. Si no querías que pasara, ¿por qué seguiste adelante?

–Porque sí quería que pasara. Creo que eso es evidente.

–¿Sólo por una noche?

–Así es como tiene que ser.

Luke dejó escapar un suspiro.

–He vuelto a hacerlo, ¿verdad?

–¿A qué te refieres?

–Eres como Yvonne. Me has usado… no te importo nada…

–¡No! ¿Cómo puedes decir eso?

Della oyó sus pasos en la escalera mientras se levantaba de la cama y buscaba su albornoz a toda prisa. Pero antes de que pudiera ponérselo sonó un portazo.

Y no pensaba seguirlo. Quizá era lo mejor. Si lo hacía, si le dijera que no era posible una relación entre los dos porque ella

nunca tendría hijos, Luke le diría que daba igual.

Pero no le daría igual.

Ella sabía perfectamente que Luke quería formar una familia. Y ésa era una buena razón para mantener su silencio.

No era mujer para él. Luke necesitaba una esposa que le diera hijos. Necesitaba la familia que deseaba tener y se merecía tener.

Sólo había querido una noche, pensaba, una noche para recordarla siempre. Pero había destrozado su amistad. Se había engañado a sí misma pensando que nada cambiaría… pero todo había cambiado.

Y le había hecho daño a Luke. Había visto dolor en sus ojos, desengaño.

Después de quedarse sentada en la cama durante lo que le parecieron horas, se dio cuenta de que había empezado a llover. Como un zombi, se levantó y cerró las puertas de la terraza.

Debería haber sido la mañana más feliz de su vida. Y, sin embargo, tenía un nudo en la garganta y se sentía enferma. Cerrando los ojos, se dejó caer sobre la cama y aceptó la terrible negrura de la desesperación.

Una semana después, Della despertó de un inquieto sueño al oír el insistente repiqueteo del teléfono. Pero no le apetecía contestar. No quería hablar con nadie de la familia Brayford. No quería hablar con nadie, en realidad.

Pero después de ducharse salió a la terraza y, cuando miró hacia la playa, vio la figura de un hombre… mirando hacia arriba.

Luke.

¿Qué hacía allí? ¿Y qué debería hacer ella?

Antes de que pudiera tomar una decisión, Luke empezó a moverse hacia los escalones, y Della tuvo que respirar profundamente. ¿Qué podría decirle?

Parecía enfermo. Odiaba admitirlo, pero los dos debían de tener un aspecto horrible.

–Hola.

–¿Quieres que vayamos a dar un paseo?

–Sí, de acuerdo –murmuró ella,

–Quería decirte que lo de tu trabajo sigue en pie, por si acaso no estabas segura.

–¿Crees que es buena idea que trabajemos juntos?

–No trabajaremos juntos.

–¿Ah, no?

–He decidido volver a India.

Della se detuvo, atónita.

–No tienes por qué hacer eso. Yo puedo encontrar otro trabajo…

–No voy a hacerlo por ti. Phyllis, una de mis colaboradoras, será la directora hasta que encontremos a otra persona.

–¿Y yo voy a trabajar con esa otra persona?

–Sí.

Se quedaron en silencio, pero no era el silencio agradable, de compañeros, que había existido tantas veces entre ellos.

–¿Cuándo te vas? –preguntó Della por fin.

–Me voy a Melbourne esta tarde para hablar con Phyllis. Y luego me iré de allí a Calcuta.

–Luke…

–Me parece que no hay nada más que decir, Della.

–Salvo que lo siento.

Él dejó escapar un suspiro.

–Sí, yo también.

Le pareció ver un brillo de lágrimas en sus ojos, pero se volvió bruscamente. Ella se quedó donde estaba, con las rodillas temblorosas, hasta que no pudo más y se dejó caer sobre la arena, mirando el horizonte. Pero lo único que podía ver era que había destrozado su vida.

Capítulo 12

Luke quitó las camisas de las perchas y las tiró de cualquier manera en la maleta. Había hecho las llamadas de teléfono pertinentes, de modo que se habría ido de Adelaida a última hora de la tarde. Quizá nunca debería haber vuelto, pensaba.

Pero se acercó a la ventana para mirar las colinas de su ciudad por última vez.

Pensaba volver algún día, claro. Para visitar a sus padres. Y a Lyn y su familia. Pero no a Della. Nunca más.

Le dolía el pecho cada vez que pensaba en eso. Dejar a Yvonne no le había dolido en absoluto, pero dejar a Della... Por fin había entendido por qué siempre se había sentido tan feliz a su lado. Y sabía también que la atracción que sentía por ella desde siempre sólo era la punta del iceberg.

Pero ¿de qué había servido?

Una noche espectacular... nada. Todo lo que había entre ellos se había destruido esa noche.

Y seguía sin entender. ¿Por qué se había acostado con él para apartarlo luego, negándose a considerar siquiera la posibilidad de una relación?

Entonces recordó algo. El día que fueron con los niños a su hotel, le dijo que había estado enamorada. ¿Habría mentido al decir que ya no lo estaba? ¿Habría otro hombre? Y si era así, ¿qué razón podría haber para que no se lo contara?

Pero daba igual que lo hubiera rechazado porque había otro hombre. Fuera como fuera, le dolía en el alma.

Y no podía seguir pensando en eso. Tenía que hacer las maletas, despedirse de su familia y tomar un avión.

Una hora más tarde aparcó el Saab frente a la casa de Lyn y se acercó a la puerta con un peso en el corazón. Sabía que Lynnie se llevaría un disgusto y aún tenía que darle la noticia a su madre.

–Pero no lo entiendo... –protestó su hermana–. Pensé que habías decidido quedarte en Adelaida. ¿Qué ha pasado?

–Muchas cosas.

–¿Qué? ¿Qué?

Horrorizado, Luke vio lágrimas en los ojos de su hermana.

–Mira, no pensaba decirte nada, pero...

–¿Pero qué?
–¿Has hablado con Della esta semana?
–No. No me devuelve las llamadas. Debe de estar muy ocupada con la asociación…
–No, no es eso –la interrumpió Luke–. Lynnie, no quiero hablar de ello, pero Della necesita una amiga en este momento.
–¿Qué le has hecho?
–Tengo que ser yo, ¿no?
–Sí.
–Gracias por la confianza. Pero lo único que he hecho es enamorarme de ella.
Lyn se llevó una mano al corazón.
–¿Y se lo has dicho?
–No. Lo he estado pensando toda la semana, pero creo que sigue enamorada de ese otro hombre…
–¿Qué hombre?
–No lo sé, no me ha dicho quién era.
–Esto es completamente nuevo para mí –murmuró Lyn–. No sabía que Della estuviese enamorada de nadie.
–Me parece que a nuestra Della se le da muy bien esconder sus sentimientos. Más de lo que pensábamos.
–Pero has dicho que tú estás enamorado de ella… ¿quieres casarte con Della, Luke?
–Nada me gustaría más que eso. Me encantaría que Della fuera la madre de mis hijos…
–Pero Dell no puede…
Lyn no terminó la frase.
–¿No puede qué?
–Nada.
–¿Qué ibas a decir, Lyn?
–No puedo contártelo. Se lo prometí.
Luke la miró, intentando entender…
–¿No puede tener hijos?
La expresión dolida de Lyn se lo dijo todo.
¿Por qué no se lo había contado Della?
Entonces recordó su conversación en el parque. Sabía que mentía cuando dijo que «no quería cargarse de hijos». Estaba escondiendo el hecho de que no podía tenerlos.
–¿Tú crees que me apartaría de su lado en lugar de decírmelo?
Lyn se encogió de hombros.
–No quiere que nadie lo sepa. Se siente… fracasada como mujer.
–Tengo que irme –dijo Luke entonces.
–¿Dónde vas, a ver a Dell?
–Sí.

–No le digas que te he contado su secreto. Se enfadaría conmigo.
–No lo haré.
–Y no la disgustes.
Luke levantó los ojos al cielo mientras abrazaba a su hermana.
–Gracias por todo, Lynnie.

Por segunda vez aquel día, Luke aparcó el coche frente a la casa de Della. Pero si antes sus pasos habían sido lentos, sombríos, ahora caminaba a toda velocidad, deseando llegar a la puerta, deseando verla.
Sin embargo, después de llamar al timbre varias veces, nadie contestó.
¿Habría salido o estaría intentando evitarlo?
Luke dio la vuelta a la casa para bajar a la playa… y entonces la vio. Estaba donde la había dejado, en el mismo sitio, sentada en la arena. La marea había subido y el agua casi le llegaba a los pies. Pero ella no parecía darse cuenta.
–Della, te vas a mojar.
–¿Qué?
–La marea.
Luke señaló el agua con la mano y ella se levantó de un salto.
–¿Qué haces aquí? Pensé que ibas a tomar un avión esta tarde.
–¿Tú quieres que me vaya?
–Pues…
–¿Puedo decirte una cosa?
Della se encogió de hombros.
–¿Puedo contarte por qué rompimos Yvonne y yo?
–Ya me lo has contado.
–No te he contado toda la historia –suspiró Luke–. En el orfanato había una niña… era una niña especial, Sharma. Tiene la misma edad que Jamie.
–Sí, me lo contaste. Dijiste que era como tu sombra.
–Así es. Sus padres la abandonaron y… ¿qué puedo decir? Me enamoré de ella. Cuando Yvonne y yo nos casamos pensé que sería una oportunidad para darle un hogar a Sharma, pero Yvonne se negó a que la adoptáramos.
–¿Por qué?
–Porque no quería tener hijos –contestó Luke–. Y yo no podía adoptarla porque en India no permiten que un hombre soltero adopte a una niña. Y eso me rompió el corazón.
–¿Por qué me cuentas eso? –preguntó Della.
–No lo sé. Pensé… algo me decía que tú lo entenderías.
–Lo siento mucho, de verdad. Desgraciadamente, esas cosas

pasan. A veces uno espera tener algo y… no lo puede conseguir.

–¿Qué es lo que tú quieres, Della?

–¿A qué te refieres?

–¿Qué piensas de la adopción? ¿Estarías dispuesta a adoptar un niño?

–¿Yo? La verdad, es que no lo he pensado.

–¿Y lo pensarías, por mí?

Della lo miró entonces fijamente. Acababa de entender.

–Lo sabes, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza.

–¿Te lo ha contado Lyn?

–No exactamente… la verdad es que se le escapó. Mira, la verdad es que no sé nada, pero me ha parecido entender que tu problema es que no puedes tener hijos.

Della asintió con la cabeza.

–Cariño… ¿qué ha pasado? ¿Por qué no puedes tenerlos?

–Tuve cáncer de ovarios.

Luke la miró, estupefacto.

–¿Qué? ¿Y no me lo habías dicho? ¿Nadie me contó nada?

–Sólo lo sabe Lyn, y no se lo contó a nadie porque yo le pedí que no lo hiciera.

–Pero… ¿ya estás bien? ¿Estás bien del todo?

–Sigo aquí, estoy viva. El cáncer ha desaparecido, pero no sus consecuencias. Nunca podré tener hijos –suspiró Della, intentando contener las lagrimas.

–¿Desde cuándo lo sabes?

–Fue una posibilidad desde el principio. El médico me avisó de que la quimioterapia podría provocar esto, pero… yo creí que no pasaría.

–Flaca… –murmuró Luke, abrazándola–. ¿Por qué no me lo contaste? Podría haberte perdido antes de haberte encontrado.

–Aún no me has dicho por qué estás aquí.

–Porque te quiero.

–Luke…

–Lo que hubo entre Yvonne y yo no fue amor…

–No hagas esto, Luke. Yo no quiero que tengas que conformarte…

–¿Conformarme con qué?

–Tú quieres formar una familia, quieres tener hijos.

–Y podemos tenerlos. Si te casas conmigo, podemos adoptar a Sharma. Y quizá a más niños del orfanato. Eso depende de ti.

–¿No quieres tener hijos propios?

–No.

–¿De verdad quieres casarte conmigo? ¿No lo dices por pena?

Luke acarició su cara con las dos manos.

–De verdad quiero casarme contigo, Della. Me gusta quién soy cuando estoy contigo. Me haces sentir bien conmigo mismo, y te aseguro que eso no es fácil.

–Pero tú eres un hombre maravilloso. Eres el más amable, el más considerado, el más generoso que he conocido nunca.

Él negó con la cabeza, riendo.

–Veo que, al menos, te caigo bien.

–De no ser por ti, yo no sería quien soy –insistió Della.

–Por favor… tú has tenido que hacerlo todo sola, sin la ayuda de tu familia. Y te he admirado siempre por ello. De hecho, sospecho que te he querido siempre. Desde que nos conocimos me pareciste la chica más guapa del mundo…

–¿De verdad?

–Desde aquel día que nos encontramos en la verja de mi casa.

Della sonrió como quizá no había sonreído nunca. Su corazón estaba lleno de felicidad.

–¿En serio?

–Me temo que sí. ¿Qué te parece descubrir que fuiste el objeto de las fantasías de un adolescente?

–Maravilloso.

–Pues es verdad. Pero supongo que no quería reconocerlo. Todos esos años que he estado fuera, creo que estaba buscando a una mujer como tú… pero no la encontré nunca. Hasta ahora.

–Luke…

–Della, tú no has dicho que me quieres. ¿Es por ese otro hombre?

–¿Qué hombre?

–Me dijiste que habías estado enamorada…

–Ah, ese hombre.

–¿Sigues enamorada de él?

–Sólo he amado a un hombre en toda mi vida y no tengo intención de olvidarlo nunca.

–Ah…

–Eres tú, Luke.

–¿No hay nadie más?

–Nadie más. No lo ha habido nunca.

Luke la besó entonces. Un beso breve, pero profundo.

–Mejor, porque eres mía y no quiero que lo olvides.

–Como si pudiera. Te quiero tanto…

De repente, aquella sensación de peso en el corazón que había tenido desde que Luke se marchó, desapareció por completo.

–Cariño, tienes tanto amor que darle a nuestros hijos… y ellos te querrán de la misma forma. En cuanto a mí, me importa un bledo

que no sean de mi sangre. Es mucho más importante darle un hogar a un niño que lo necesite de verdad.

Luke se puso de rodillas entonces.

–Della, mi Flaca, tú me has enseñado tantas cosas. Me has enseñado a tener compasión por los demás… y ahora me has enseñado lo que es el amor. Pero yo quiero enseñarte lo que es ser amada. Quiero darte el amor que deberías haber recibido cuando eras niña. Quiero darte todo mi amor, durante toda mi vida.

–Luke…

–¿Quieres casarte conmigo?

Della se puso de rodillas frente a él. Las piernas no la sostenían.

–Sí –contestó, entre lágrimas–. Será un honor para mí, Luke.

–¿Y te gusta la idea de la adopción?

–Me encanta. Yo tuve padres biológicos y… sé muy bien lo que es sentirse abandonada. ¿Cómo no voy a querer adoptar a una niña que está sola en el mundo?

Luke la abrazó con todas sus fuerzas.

–Mi amor…

–Quiero ser la mejor madre del mundo para Sharma.

–Y lo serás.

–¿Sigues queriendo irte a India?

–No, ya no –sonrió Luke–. Traeremos a Sharma aquí.

–Podemos irnos allí si quieres.

Él negó con la cabeza.

–Estoy en casa. He encontrado lo que estaba buscando.

Epílogo

Della miraba el increíble tráfico de Calcuta a través de la ventanilla del taxi. Había coches, autobuses, bicicletas, carros tirados por burros… y gente, miles de personas. Y cuando se acercaron a una intersección, vio a un incongruente policía dirigiendo el tráfico con guantes blancos.

Entonces apretó la mano de Luke. Necesitaba el confort de su presencia.

–Ya falta poco. Estamos llegando.

–Estoy emocionada, pero me da un poco de miedo.

–No… iba a decirte que no deberías tener miedo, pero la verdad es que yo también lo tengo.

–¿Tú? Tú no tienes miedo de nada.

–Pero yo conozco a Sharma casi desde que nació. Para ti será diferente.

–No voy a cambiar de opinión. Y no te preocupes, ya no tengo miedo.

El taxi salió del centro y se perdió por una carretera de tierra, pero no tardaron mucho en llegar frente a un edificio pintado de blanco.

–¿Es aquí?

Luke asintió con la cabeza.

El viejo portalón de madera se abrió y, en cuanto salieron del coche, un grupo de niños se abalanzó sobre Luke gritando alegremente su nombre.

Enseguida Della vio que se dirigía hacia ella con una niña en brazos. Tenía unos preciosos ojos castaños y una expresión tan pícara… el instinto le dijo que iba a darle todos los mimos del mundo.

Luke le dijo algo al oído y la niña sonrió, mostrando un hueco entre los dientes de arriba. Como Jamie. Della se vio a sí misma con Lyn, en el parque, jugando con los niños… y la emoción casi la atragantó. Iba a tener una familia, la que pensó que no tendría nunca.

Luke le pasó un brazo por los hombros y Della apoyó la cabeza en el pecho de su marido mientras apretaba la mano de la niña. Su marido y su hija, Sharma. Su familia.